LA HOMEOPATÍA

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

PUBLICADOS EN "LA RAZÓN" DE MONTEVIDEO

PARA LA PROPAGACIÓN DE LA

DOCTRINA HAHNEMANNIANA

POR EL

DR. A. FÓRMICA-CORSI

De las Facultades de Madrid, Barcelona y Montevideo, profesor libre de Anatomía en Barcelona, socio corresponsal de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, y autor de varias obras científicas.



MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA Y LIBRERÍA, DE DORNALECHE Y REYES

CALLE DEL 18 DE JULIO, 89 Y 89 A

1893



Doctor Fórmica-Corsi

LA HOMEOPATÍA

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

PUBLICADOS EN "LA RAZÓN" DE MONTEVIDEO

PARA LA PROPAGACIÓN DE LA

DOCTRINA HAHNEMANNIANA

POR EL

DR. A. FÓRMICA-CORSI

De las Facultades de Madrid, Barcelona y Montevideo, profesor libre de Anatomía en Barcelona, socio corresponsal de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, y autor de varias obras científicas.



MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA Y LIBRERÍA, DE DORNALECHE Y REYES

CALLE DEL 18 DE JULIO, 89 Y 89 A

1893



AL QUE LEYERE

Estos artículos de pura propaganda salieron á luz en el periódico de Montevideo *La Razón,* en los días 16 y 24 de Junio, 7, 12, 17, 24 y 31 de Julio, 9 de Agosto, 8 de Septiembre, 6 y 18 de Noviembre de 1892 y 12 de Enero de 1893. El objeto de ellos era vulgarizar el conocimiento de la doctrina terapéutica del inmortal Hahnemann, y por lo tanto eran sencillos y al alcance de todos, para que, para todos fuese el fruto que dar pudieran. Por esto no tienen pretensiones científicas ni literarias y sólo sirven para demostrar que la Homeopatía no es una cosa tan fútil y baladí como aseguran los alópatas, ni son ilusorias las curaciones que obtiene, ni están reñidos con la ciencia sus principios.

No sé si lo he logrado, pero éste es mi deseo y me llena de satisfacción el saber que estos artículos han salvado la vida á una enferma. Con esto sólo, los doy ya por muy bien empleados. Muchas personas me han pedido coleccionase estos artículos en un folletito, y aun cuando algunos no guardan con los otros más conexión que la de la doctrina que en ellos campea, los doy á luz reunidos, para satisfacer á este pedido.

Y con esto me despido, deseando que mis artículos conviertan á algunos á la doctrina homeopática.

Montevideo, 16 de Enero de 1893.

LA HOMEOPATÍA

I

Breves días hace que se cumplió el cuarto aniversario de la llegada del que estas líneas firma, á la República Oriental del Uruguay. No tardarán muchos meses sin que se cumpla también el cuarto aniversario de su establecimiento en la capital de esta República en calidad de médico homeópata, y si en aquel entonces no se consideraba con autoridad bastante para tratar en el estadío de la prensa de asuntos de interés científico y general, y si aun ahora puede considerarse de ínfima competencia para ello, el tiempo transcurrido y la práctica ejercida ante los ojos del público, pueden, sino dar valor á lo que escriba, prestarle algún prestigio con que pueda presentarse en la arena de la discusión.

Mi propósito al dirigirme al público es escribir algunos artículos de discusión y de crítica acerca de la homeopatía, artículos que á la vez se dirigirán á los señores médicos de la escuela llamada alopática, por si alguno se digna honrarme con una desapasionada é impersonal discusión, y al público en general para fijar algunas ideas acerca de la tan controver-

de Hipócrates, ha reflejado en esta concepción el estado filosófico de su mente. Sería tarea larga y enojosa. Además resultaría perfectamente inútil. Lo único práctico que hoy por hoy podemos hacer, es comparar el diverso criterio con que las dos escuelas médicas oficial y homeopática consideran al fenómeno enfermedad. Y aquí entramos en una cuestión parecida á la que se presenta ante el naturalista al tratar de estudiar los seres naturales.

Al abarcar con una mirada el inmenso y variadísimo aspecto de tantos seres naturales distintos todos entre sí, vese obligado el naturalista, para orientarse y hacer algo de provecho, á buscar afinidades morfológicas ó funcionales y formar grupos artificiales y poco á poco ir haciendo en cada grupo distinciones parecidas, hasta llegar á seres que llevan entre sí bastante sello de semejanza para considerarlos como iguales. Éstas serán las especies zoológicas, botánicas, etc. O por el método inverso tomar grupos de seres iguales entre sí y compararlos hasta ir constituyendo jerarquías diferentes y de orden sucesivamente superior; en una palabra, ó por análisis, ó por síntesis, llegar á determinar las especies y sus relaciones jerárquicas ó por análisis descender de los grupos más generales á las especies, y en último término siempre determinar las especies y sus recíprocas relaciones. Algo análogo á esto debe hacer el médico para llegar á conocer lo que es una enfermedad.

Los naturalistas han querido descender de las especies á las razas y á las variedades y aun subvariedades. Los médicos de las escuelas oficiales (con cuya designación quiero indicar á todos los que están fuera de la comunión homeopática) no han pasado de la

especie nosológica ó á lo más han llegado á las variedades que denominan formas de la enfermedad.

Es menester no olvidar, sin embargo, que para el médico la enfermedad no es meramente un objeto de estudio, sino que tiene un lado práctico sumamente trascendental é ineludible, y éste es el de curar, no enfermedades, sino enfermos. Cuando somos llamados á la cabecera de un paciente no hemos de considerar sólo que tenemos enfrente una neurosis, una dispepsia, una pulmonía, una influenza, sino que debemos curar *pronto, completa* y *suavemente* un neurótico, un dispéptico, un pneumónico ó un afecto de grippe. Para tratar una enfermedad es hasta permitido en conciencia hacer pruebas y ensayar nuevos remedios; para tratar un enfermo no nos queda más remedio, moralmente hablando, que emplear los medios más probados que curan *pronto, completa* y *suavemente.*

Se nos dirá que éste es el criterio por que se guía invariablemente todo médico, sea de la escuela que quiera, con tal que no olvide los deberes de su sagrado ministerio; pero es preciso que el público no ignore que á los homeópatas se nos ha tachado de desconocer ó despreciar el diagnóstico, de hacer sólo medicina sintomática, y por tanto, como esto roza directamente la susceptibilidad moral del médico homeópata, suponiendo ignorancia ó desprecio punibles, no es posible pasar adelante sin dilucidar cuestión tan delicada, tanto desde el punto de vista científico, como desde el punto de vista humanitario.

Pero vamos á cuentas, en definitiva: ¿cómo conoce el médico la enfermedad que aqueja á un individuo, más que por el conjunto de los síntomas que se ofrecen á su observación y que con su agrupación constituyen las fases del mal que sufre el paciente?

Pero hay más: ¿se conocerá mejor al individuo A, B ó C, con saber que lleva el apellido tal ó cual, tan sólo, ó sabiendo que además tiene los ojos azules, el pelo rubio, la nariz gruesa, una verruga en la mejilla, etc.? Lo mismo podemos decir en medicina: ¿estaremos más enterados sabiendo que el enfermo sufre una dispepsia, ó sabiendo además que esta dispepsia se distingue por la cefalalgia acompañante, por los vómitos glerosos matutinos, por la sequedad de vientre, por las flatuosidades, la anorexia, la presencia de hemorroides, por existir en el individuo el vicio reumático, etc., etc.?

Pongamos un ejemplo de una enfermedad bien conocida: una pulmonía, por más que sea la enfermedad ya clásica de los ejemplos. El alópata, después de examinar al enfermo, enterándose de cómo comenzó la enfermedad, los síntomas que sintió el paciente y los que siente en la actualidad; después de averiguar qué circunstancias causales pudieron obrar sobre el individuo, pasa á observar los síntomas objetivos: percusión, auscultación, vibración torácica, caracteres de la tos, examen del esputo, de las orinas, estado cerebral, de las vías digestivas, etc.; y hecho todo esto, formula su diagnóstico, diciendo, aun cuando esté en junta con un colega: el enfermo sufre una pneumonía; y cuando más añade: una pneumonía catarral, ó fibrinosa, simple ó doble, aguda ó crónica, y hace luego el pronóstico en el cual hace jugar acertadamente el temperamento, constitución y el vicio orgánico tal ó cual que pueda tener el enfermo. Y he aquí todo: de aquí no pasa, dígase lo que se quiera. Y naturalmente se entra en la cuestión indicaciones curativas y se hace el siguiente raciocinio: la pneu-

monía es una enfermedad inflamatoria, por lo tanto es preciso desinflamar (*contraria contrariis*).

Ya en este punto el asunto del tratamiento depende del temperamento del médico: si es escéptico (cosa muy común) ó cree que es cíclica la pulmonía, hará una verdadera expectación con dieta sencilla; si no lo es, empleará las evacuaciones sanguíneas, generales ó locales, los revulsivos, y según la escuela alopática donde haya estudiado ó las ideas que acerca de la flogosis tenga, empleará el alcohol, la veratrina, el tártaro emético, y según la moda, dará uno ú otros de estos tratamientos y de los defervescentes conocidos y más en uso: antipirina, quinina, antifebrina, analgesina, etc. Preguntadle el fundamento clínico y terapeútico en virtud del cual emplea tal ó cual tratamiento, y os dirá que á él le ha ido siempre bien con tal ó cual cosa, que así lo vió hacer á sus maestros, que á tal enfermo ó á tal médico le fué muy bien, etc., etc. Nunca veréis acordes en tratamiento á dos alópatas, ó raras veces.

Por esto en cada clínica veréis tratamientos distintos ó el que esté en boga; el tratamiento de hoy no es el de ayer ni el de mañana. Hay más. En la *Semaine Médicale* de París he visto, entre mil y una fórmulas aconsejadas para la faringitis diftérica, una en la cual había varias sustancias cáusticas y venenosas en proporción descendente de 5 en 5, y la gran razón que adoptaba el autor para estas proporciones no era la energía del remedio ó su conveniencia clínica, sino para facilitar el recuerdo de la fórmula, es decir, como mnemotecnia. (Rigurosamente histórico.)

Ahora, dígasenos qué criterio científico, qué guía

seguro será el dogma *contraria* que dicen seguir los médicos oficiales y cómo justificarán la lucha encarnizada que sostienen contra la escuela de Hahnemann, en la cual un principio invariable y lógico lleva como de la mano del diagnóstico individualizado á un tratamiento rigurosamente deducido y prácticamente sancionado.

Veamos qué hace el médico homeópata. Reunidos ya los datos antes apuntados, inquiere qué enfermedades sufrió el enfermo durante su vida, no como mera fórmula, sino por lo que importa al tratamiento; si hay tos busca los caracteres de ella, la hora en que se presenta con más frecuencia, si obliga al enfermo á sentarse en la cama, si provoca arcadas ó vómitos, la cefalalgia qué sitio ocupa y qué carácter tiene, lo mismo el dolor torácico; en una palabra, no se contenta con el síndrome general apuntado en los autores clásicos, sino que desciende á los caracteres que son individuales, porque al llegar el momento de determinar el tratamiento, sea éste individualizado como el diagnóstico sintomático. ¿Y cabe dudar que así procediendo, el tratamiento ha de ser inmensamente más apropiado y ha de tener muchas más probabilidades de éxito que el tratamiento alopáticamente deducido?

En una palabra, para el homeópata no es indiferente el diagnóstico, y la prueba de ello es que en las obras homeopáticas se designan las enfermedades con los nombres médicamente conocidos. Pero desde Hahnemann no sólo se ha querido saber si el enfermo sufría una pneumonía, sino que se ha tenido por de capital importancia la individualización de los síntomas, pues no puede ser indiferente el que un enfermo tenga más ó menos fiebre, que tenga la tos

tal ó cual carácter, que sean los esputos de éste ó de aquel color, que exista un estado moral tal ó cual, que sea el sueño interrumpido ó no, que exista delirio de tal ó cual carácter, etc. Cuando la naturaleza hace aparecer tal síntoma y no tal otro, es porque algo hay en el enfermo que así lo determina. Es esto tan claro y tan natural que no quiero insistir más en ello.

En el siguiente artículo iremos exponiendo estas consideraciones y concluyendo lo que á la cuestión clínica atañe, para pasar después al estudio de la terapéutica.

Antes de concluir por hoy, no quiero dejar de manifestar á la ilustrada redacción de este periódico mi profunda gratitud por la benevolencia y cortesía con que puso á mi disposición las columnas del diario, con lo cual facilitó inmensamente mi tarea.

II

El fundamento lógico de lo que dije en el anterior artículo, consiste en el diverso modo cómo las escuelas alopática y homeopática consideran la enfermedad como objeto de estudio ó como fenómeno natural.

Dejando á un lado la distinta manera con que cada escuela se comporta á la cabecera del enfermo, veamos el criterio con que las escuelas mencionadas juzgan la esencia de la enfermedad, y esto al fin no es más que una consecuencia del cómo consideran la

vida. No hay por qué ocultar que el criterio dominante entre las escuelas alopáticas es el positivista, ó mejor, que no creen en el principio vital ó sólo consideran la vida como un resultado de las fuerzas físicas y químicas del organismo reaccionando en conjunto contra los agentes exteriores. Para la escuela homeopática la vida es un consensus, una unidad, que en conjunto y en cada una de sus partes tiende á un fin común, que es conservar el individuo en estado de salud. Por más que la alopatía admita, porque no puede menos de admitir, que existe una estrechísima solidaridad entre todos los actos de un ser vivo y que todos estos actos tienen por objeto conservar al individuo y perpetuar la especie, no obstante en el estudio de la Fisiología normal y patológica y en la aplicación práctica á la cabecera del enfermo, se descuida á cada paso de esta solidaridad que liga los actos orgánicos. No es menester ya ver cómo considera la acción de los agentes traumáticos (golpes, contusiones, etc.), ó de los químicos sobre el organismo, sino que aun en las enfermedades más complexas se olvida de las partes del organismo que parecen no jugar un papel directo en la enfermedad y del organismo entero. Pongamos un ejemplo que haga más patente este criterio. Trátase de una congestión hepática, y á lo que atiende el médico alópata es al estado de hinchazón del hígado, á la sequedad del vientre, y procura por todos los medios posibles restablecer la circulación hepática á su normalidad, creyendo que con esto ya ha cumplido con su deber.

¿Qué importa que el estado moral del enfermo sea éste ú otro? ¿qué más da si existen hemorroides? No

tiene significación si la respiración es difícil, ni si el corazón no puede desembarazarse de la sangre y si el enfermo experimenta alguna sensación particular: la cuestión es que la circulación hepática se restablezca. Hecho esto ó procurado hacerlo, no hay más allá. De aquí estas medicaciones locales que van derechas á un solo objeto, propias de la escuela alopática y que varía con cada médico según la fisiología patológica que cada uno se forja de la enfermedad que á la vista tiene.

¿Queréis ver á un médico alópata titubear y que no acierte el camino que debe emprender? Pues ahí tenéis un caso harto frecuente en la práctica. Un enfermo se presenta con fiebre, abatimiento y algunos síntomas vagos, como falta de apetito, sed, insomnio, etc.: uno dirá que es una fiebre efímera, otro una angioténica, el de más allá un catarro gástrico, porque le pareció la lengua saburral, como si estando enfermo la lengua no debiese participar de la alteración general; otro dirá que va á presentarse una tifoidea, porque el termómetro está alto; otro, por fin, sospechará una viruela, porque el individuo no está vacunado. Y sin embargo, no es una fiebre efímera, porque la enfermedad dura y continúa por algunos días, ni es angioténica, porque á fuerza de días se va dibujando alguna localización, ni hay catarro gástrico, porque las vías digestivas no toman parte en el proceso, etc., etc.

No es menester ser lince para comprender que los tratamientos variarán con el juicio de cada médico. Y estas enfermedades que comienzan con un complexus vago y dudoso y que á la larga terminan por lo que menos se esperaba, por ejemplo, una

densificación progresiva de un pulmón, que concluya por una inflamación de mal carácter ó por estallar síntomas cerebrales serios, etc., se ven con frecuencia y ponen á los médicos al borde de la desesperación. ¿Por qué criterio guiarse cuando la naturaleza no ha revelado aún donde van á dirigirse los tiros de la enfermedad?

He aquí un problema. Entretanto pasan días, se analizan las orinas, se repasa todo el organismo, el individuo sigue enfermo, la incógnita se prolonga, la familia se cansa y con las consultas menudean los pareceres distintos.

Dejemos ya este punto de vista y pasemos al otro extremo. Un individuo se cae y se contunde fuertemente una parte cualquiera del organismo. El facultativo alópata le aplica unas compresas con agua vegeto-mineral laudanizada, ordena el reposo por unos días, y asunto concluído. No hay para más.

La contusión ha de curarse, el caso es simple, y de aquí no hay que pasar. Pero penetremos en el fondo del asunto. ¿Podremos asegurar que el efecto de la contusión no pasará de la ofensa inferida localmente á los tejidos? Si en el fondo de esta organización late oculta una predisposición á los sufrimientos reumáticos, si existe dormido algún germen infeccioso, si el sistema nervioso no está perfectamente equilibrado, ¿será extraño ver fijarse en la parte contusionada una manifestación reumática, un tumor blanco si la parte es un punto cubierto de periostio ó una articulación, ó estallar una locura á partir de algunas horas ó días después de la contusión ó inmediatamente? Los periódicos de hipnología nos han relatado recientes hechos de esto último, y de los demás

casos todos los médicos tenemos hechas observaciones abundantes.

¿Serán, pues, de despreciar aun después de lesiones al parecer puramente locales, los datos más insignificantes y que pueden poner al médico sobre la pista de un mal futuro? ¿No prueba todo esto la íntima solidaridad de la organización y este consensus que conspira á rechazar todo cuanto puede ofender al organismo? Nada sucede en los seres vivos que no tenga su reflejo en toda la organización y que no tenga su razón de ser en algo, pequeño ó grande, que puede ser causa ó efecto.

Por esta individualización ó independencia relativa que la escuela alopática supone en cada función orgánica, es por lo que se empeña en curar todas las dermatosis y todas las manifestaciones periféricas del organismo. No supone que al hacerse aquellas manifestaciones, exista en el organismo algo que está mejor en la piel ó en los músculos que en los órganos internos, y que por lo tanto es imprudente curar *in situ* y no por medio de acción general, que ataquen la causa y no el efecto saludable.

¿Acaso no estamos cansados de ver, por haberse empeñado un médico, incitado por la familia del paciente, en curar lo que el vulgo llama el *arestín,* aparecer una meningitis de mal carácter y de fatales consecuencias, presentarse un proceso asmático que ha durado tanto como la vida del enfermo ó sufrir el individuo aparentemente curado al principio, una dispepsia ó un catarro intestinal crónico y aun á veces mortal? Es inútil empeñarse en no ver lo que más que la luz del sol brilla en la práctica médica. Hay cosas que no es menester explicar para que sean comprendidas.

Si la misma escuela alopática procura hacer aparecer los exantemas febriles, tales como la viruela, la escarlatina, etc., y ningún médico se sosiega hasta verlos francamente establecidos, ¿cómo no comprender que existe esta solidaridad y cómo no admitir que los síntomas que presentan los enfermos y que en conjunto constituyen la parte objetiva de la enfermedad, son esfuerzos que hace el organismo por buscar el apetecido estado de equilibrio funcional que se llama la salud?

De todo esto se deduce que es cierto el criterio homeopático de la enfermedad, por más que lo supongan un tanto atrasado las escuelas oficiales. La verdad no es vieja ni joven: es eternamente cierta, y nada más. Es indudable que la enfermedad no es otra cosa que la expresión de los esfuerzos que el organismo opone á las causas patogénicas. Lo invisible es el fondo del mal, el verdadero dardo que hiere al organismo: lo visible son los síntomas ó señales que opone el organismo á la causa morbosa y á cuyo conjunto llamamos enfermedad.

Lucha por la existencia que se presenta en la naturaleza, así en el orden fisiológico como en el moral, en el sociológico como en el morboso. Por doquiera la naturaleza tendiendo al equilibrio. Lucha por la existencia y contra la causa morbosa es la supuración que provoca el organismo al rededor de los cuerpos extraños que han penetrado en él y que no cesa hasta la expulsión del intruso; lucha por la existencia es el fagocitismo[1], que en las infecciones pro-

1. Fagocitismo es derivado de dos palabras que significan comer y células, y quiere decir que las células tratan de destruir, devorándolos, á los elementos infecciosos.

cura expulsar los seres que penetraron para alterar el orden fisiológico; el vómito que expulsa el veneno ó la sustancia indigesta es una lucha por la existencia, y lo es asimismo la formación de tofus articulares y las artritis reumáticas por medio de las que los elementos deletéreos son llevados fuera de los sitios más importantes para la vida. Podríamos multiplicar los ejemplos tanto como enfermedades existen, y siempre veríamos que lo visible que constituye la enfermedad es el esfuerzo que el organismo opone á las causas destructoras ó perturbadoras.

Esto me lleva como de la mano á un asunto que ha sido tema candente de discusión en todos los tiempos y para todas las escuelas. Este asunto ha sido la expectación en el tratamiento de las enfermedades. Y la cuestión ha sido candente porque entraña dentro de sí nada menos que la utilidad ó la inutilidad de toda medicina. Ante un asunto de tanta monta no podían permanecer indiferentes las escuelas; mas para fortuna de los médicos la cuestión ha quedado sin resolver. Sin embargo el problema queda en pie y la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, aun entre los premios para el año 1893, ha ofrecido uno que tiene por tema: *Examen crítico de la medicación activa y de la expectación en el ejercicio clínico.* ¡Cómo estará la medicina oficial, que aun ofrece premios á temas como el que acabo de apuntar!

La Homeopatía no tiene por qué dudar, tiene trazados su camino y su norma, porque sabe que la enfermedad es una lucha en la cual el papel del médico se reduce á saber interpretar los esfuerzos de la naturaleza y ayudarlos convenientemente sin perturbarla. Con arreglo á este criterio, sabe que nunca el

médico deberá cruzarse de brazos y abandonarse á una negativa, sino que por el contrario puede y debe intervenir con arreglo á leyes bien conocidas y establecidas por la naturaleza misma. Y estas leyes son ciertas, seguras y nunca desmentidas por los hechos, como hemos de verlo en el artículo siguiente, cuando estudiemos el asunto *similia similibus*, y son guías que nunca engañan al homeópata ilustrado que sabe interpretar los hechos que se presentan á su observación. Por esto es que entre homeópatas sólo cabrá discusión al tratar de interpretar los síntomas que presenta un enfermo, pero una vez llegado al asunto del tratamiento, forzosamente han de hallarse acordes respecto á los medios que deberán oponerse al desorden del organismo enfermo. De este papel que el médico desempeña, junto al lecho del paciente, nació aquel aforismo que dice: *medicus natura minister ac interpretes*, y que condensa en breves palabras su misión.

No hay que dudarlo: para el homeópata, con el justo criterio de la enfermedad que hemos explicado y al rededor del cual han girado incesantemente todas las escuelas médicas sin lograr fijarse en él, y á la luz del principio de los semejantes, que será objeto del inmediato artículo, la senda es segura y desembarazada. Por esto, y adelantando ideas, podemos decir que las indudables curaciones médicas de las escuelas oficiales son curaciones homeopáticas hechas inconscientemente, el principio de los semejantes brilla en ellas como el sol á través de las brumas, y por esto estas curaciones, lejos de ser armas que puedan esgrimirse contra la doctrina de Hahnemann, se convierten en escudos prepotentes que la defienden de los ataques

adversos, son flechas que se vuelven contra los mismos que las disparan.

III

SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR

Este tan decantado principio, fundamento de la escuela homeopática, es tan antiguo como la Medicina ó poco menos. Hipócrates nos habla de él como uno de los mejores medios de tratar las enfermedades, y en una de sus proposiciones aforísticas dice: *vomitus vomitu curatur*, que no es más que una afirmación del principio *similia*. No se vaya á creer que esta idea pereció en el galenismo, pues Paracelso y Van Helmont también defendieron la doctrina de los semejantes aun en medio del caos de cabalística y de alquimia propio de la época á que nos referimos. El difunto y al mismo tiempo ilustre médico español doctor don Pedro Mata, en su *Crítica de la Homeopatía*, pasa sin hablar casi de lo que dijo Hipócrates acerca del principio de los semejantes, pues no se atreve con la augusta personalidad del fundador de la Medicina; pero lo que no osó hacer con él, lo hizo con Paracelso y Van Helmont, pues no hay dicterios bastante duros en el diccionario que no les aplique y no deja de tacharlos de ignorantes, porque fueron afamados alquimistas y partidarios de la cábala, como si los que nacieron en aquellos siglos

pudieran sustraerse á la influencia del medio en que vieron la luz. Raro es que el doctor Mata no tache de ignorante á Hipócrates, porque no conocía la física, la química y la histología, en tiempos en que ni se soñaba en los medios de que disponen nuestros contemporáneos.

La idea médica más colosal de todos los siglos, el fundamento más firme y positivo de la Terapéutica, la columna más sólida, la ley más justa y segura para el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de los enfermos, salió á luz al demostrar Hahnemann la ley de los semejantes.

Si hasta el establecimiento del principio homeopático, la terapéutica careció de ley ó guía firme para su aplicación, si el médico á la cabecera del enfermo titubeaba como el que entre varios caminos no sabe cuál debe elegir, desde el momento en que el *similia* quedó demostrado, concluyeron las vacilaciones y el médico ante un enfermo sabe con seguridad qué es lo que debe hacer. Hoy puede afirmarse que los enfermos que no se curan por el tratamiento homeopático son casos en que el médico no ha sabido hallar bien la semejanza entre el proceso morboso y uno medicamentoso; que como trabajo humano es falible, ó bien que el agente cuyos síntomas son idénticos ó semejantes á los que sufre el enfermo, no es todavía conocido. Expliquemos, pues, en qué consiste el principio del *similia* y veamos si es rigurosamente lógico ó simplemente una afirmación gratuita.

Consiste la ley de la homeopaticidad en que el remedio que se aplique al enfermo sea capaz de producir en el hombre en estado de salud y á dosis

ponderables, un cuadro de síntomas tan semejante como sea posible al conjunto de los que presenta el individuo cuyo mal tratamos de combatir. Como se comprenderá, de esto á que los síntomas que produzca el remedio y los del mal sean los mismos y no sólo semejantes, no hay más que un paso, y como nada hay tan igual á una enfermedad como ella misma, de aquí que tras de la homeopaticidad, viniera la identidad y la isopaticidad, ó sea el combatir la enfermedad con los productos de la misma.

Fácil será comprender que por esta parte la homeopatía invade el campo que hace poco están espigando los alópatas. En efecto, cuando Jenner trató de prevenir la viruela con la vacuna, hizo homeopatía ó trató de combatirla con un agente semejante, aunque no igual; pero la idea de Jenner nació de la práctica árabe ó china de vacunar con pus de viruela á los que se trataba de preservar de la misma; práctica que en verdad es una verdadera isopatía.

Isopatía es lo que hace ó trata de hacer Pasteur combatiendo el carbúnculo con el carbúnculo atenuado, el cólera de las gallinas con el mismo virus atenuado también, la rabia con el virus lísico atenuado; isopatía quiso hacer Ferrán cuando, atenuando el virus colérico con las ptomainas del *baccillus virgula,* trataba de prevenir y tratar el cólera morbo asiático; y lo mismo puede decirse de Koch, tratando de inocular los productos del *baccillus tuberculosus,* y de un médico brasilero tratando de hacer lo mismo con la fiebre amarilla. ¿Qué más? Que Brown-Sequard hoy quiere curar las enfermedades del sistema nervioso por gasto genésico excesivo, con espermatina, y otro autor llega á dar inyecciones de líquidos esterilizados de diversas

vísceras como el cerebro, el hígado, el pulmón, etc., en las enfermedades de estas diferentes vísceras. ¿Quieren todavía más homeopatía? Bien puede afirmarse, sin temor de ser desmentidos, que la escuela alopática, que tantas abominaciones ha hecho y hace aún hoy de la homeopatía, ha sido encontrada como si dijéramos con las manos en la masa, en flagrante delito de plena homeopatía. Después de esto no sabemos qué dirán las escuelas oficiales.

Pero veamos ahora si lo que hizo Hahnemann, si lo que hacen aún los homeópatas, si lo que hacen aún hoy mismo, como hemos visto, algunos llamados alópatas, es tan ilógico, si está tan fuera de razón como se pretende sostener.

Para hacer más tangible el modo de obrar de los homeópatas con arreglo al principio de los semejantes y el de los alópatas con arreglo al principio de los contrarios, me valdré de una comparación fácil de comprender.

Un individuo va por la calle y es acometido por otro que trata de herirlo, tal vez de matarlo. El individuo será el enfermo, el agresor será la causa patógena. El agredido se defiende desplegando su habilidad mayor ó menor en el manejo de un arma: esta defensa es la enfermedad, que no hay que confundir con la causa patogénica (error en que cae con harta frecuencia la escuela alopática). Un amigo del agredido (el médico) se apresura á prestarle su ayuda, y á cualquiera que tenga mediano criterio se le ocurrirá que los golpes que el amigo médico dé en defensa del individuo enfermo, han de tender á coadyuvar los esfuerzos de defensa que el agredido hace. Jamás se podrá suponer que en vez de atacar al agresor, se

entretenga el amigo en esgrimir sus armas con las del individuo atacado. Ayudar los esfuerzos del enfermo es lo que hace la escuela homeopática; contender con ellos es lo que hace la escuela oficial. ¿Cuál tendrá razón? Si el enfermo es un individuo vivo en el cual han de continuar forzosamente los actos fisiológicos propios del estado normal, aunque alterados por el esfuerzo que hace la economía por rechazar los agentes perturbadores, es natural que los esfuerzos del médico han de dirigirse en el mismo sentido en que se dirigen los esfuerzos vitales para ayudarles al objeto benéfico á que tienden.

La escuela alopática proclama el principio: *contraria contrariis,* suponiendo con mucha lógica que el modo de volver la salud es destruir los fenómenos patológicos; en este terreno no cabe duda de que la escuela oficial estaría en lo cierto, y en tiempos de Galeno no es de extrañar que así se discurriera, cuando en los textos de patología aun no había distinguidos en párrafos aparte los estudios de génesis ó etiología y los de sintomatología, como tampoco existía el párrafo referente á anatomía y fisiología patológica. Pero hoy es preciso distinguir entre el arma vulnerante y el esfuerzo de la naturaleza por expulsar á dicha arma. Se me dirá que el arma que produce una herida es la causa y la herida la enfermedad, pero no se debe confundir la génesis y sus resultados, que son lo que hay que combatir, con los síntomas que constituyen la enfermedad y la tendencia al estado de equilibrio, y hay que favorecer esta tendencia en vez de contrariarla. Hecha la herida es preciso favorecer á la cicatrización, que es á lo que tiende el organismo, y el proceso supurativo de las heridas es la antiséptica

que opone la naturaleza á la entrada de gérmenes infecciosos, y por esto la escuela antiséptica moderna no sólo favorece la salida del pus por medio del drenaje, las contraaberturas y otros medios, sino que sabe que sacando el pus saca todo cuanto infeccioso podría intentar penetrar en la economía. Debajo de aquel proceso supurativo la naturaleza produce el proceso de cicatrización. No creo á ningún médico tan petulante que se arrogase á sí mismo el proceso cicatricial. Sólo la naturaleza sabe y puede hacerlo, de hecho y de derecho. Nosotros sólo hacemos favorecer á la naturaleza en su trabajo. Precisamente por confundir lastimosamente con el papel de la naturaleza el del médico, se ven en la práctica estos palos de ciego que si alguna vez alcanzan á la causa patógena y sus resultados, cien veces alcanzan al enfermo, produciéndole lamentables resultados é irremediables desarreglos.

La escuela alopática ataca la enfermedad, es decir, los síntomas que constituyen la resistencia al mal; de aquí sus resultados, que son doblemente nefastos: por un lado dejan incólumes las lesiones producidas por el agente morboso, y por otro paralizan ó contrarían los saludables esfuerzos de la economía para volver al estado de equilibrio.

Donde existe una extrema facilidad para caer en confusiones es entre la causa patógena y sus resultados ó lesiones, pues unas veces la causa es desconocida, y otras no siéndolo, sus resultados no son visibles. Un ejemplo aclarará este asunto. Un cuchillo produce una herida: aquí el agente vulnerante ó causa es visible y el resultado ó heridas también. Pero variemos el ejemplo: sea una corriente de aire

frío, la causa entonces es también perceptible, pero los efectos, es decir, la clase de ofensa que ha recibido el organismo es desconocido en su forma y sólo es cognoscible por la reacción provocada en el cuerpo ó sea los síntomas que constituyen la enfermedad. Un aire puede provocar una contracción de los capilares de la piel, y el contragolpe ó sea el efecto reaccional del organismo que es saludable y curativo, verificarse en la mucosa nasal, coriza; en la laríngea, laringitis; en la bronquial, bronquitis; en la pulmonar, pulmonía catarral; en la renal, nefritis; en la vesical, cistitis; en la gástrica, catarro gástrico, etc., etc. Pero este mismo aire puede al mismo tiempo ingerir en el organismo un elemento infeccioso, microbio, que vaya á alterar el sistema nervioso, despertar dormidas patogenesias y producir por reacción el variado síndrome de las distintas formas de la grippe. Ahora bien, el efecto de una causa moral, de ciertos agentes químicos, de ciertas sustancias vegetales, de ciertos agentes traumáticos son tan misteriosos, que no es extraño que se desconozcan las causas ó los efectos ó que se confundan entre sí, y lo que es más lamentable, que se confundan con los síntomas que forman la enfermedad. Es menester no olvidar que *natura non facit saltus*, y que los fenómenos naturales se continúan y se escalonan en una graduación insensible en la que no se sabe dónde concluye una causa y comienzan sus efectos y dónde concluyen estos efectos y empiezan los esfuerzos de reacción del organismo. Cuando el alcohol obra sobre una economía, no podemos casi separar el efecto químico del alcohol sobre los elementos gástricos, hepáticos, nerviosos, etc., y los efectos reaccionales que constituyen la dispepsia alco-

hólica, la cirrosis alcohólica ó la parálisis alcohólica de movimiento ó de sensibilidad, porque son su efecto lógico, son como los eslabones de una cadena en la que no cabe interrupción más que concluyendo la serie que es la integridad de la cadena, es decir, de los fenómenos vitales, la existencia, en una palabra.

Los homeópatas, pues, estamos en posesión de una ley segura de un hilo de Ariadna que nos guía en el laberinto de los fenómenos de la vida, tanto en estado fisiológico como morboso. Podría ser difícil el problema, pero tenemos una aguja imantada que señala invariablemente al norte; es decir, hay los síntomas de la enfermedad, hay la enfermedad misma, que nos dirige é indica qué medicación debemos emplear. Díganos la escuela alopática si cuenta con una guía tan segura, si sabe tan positivamente dónde está el puerto de la salud. Dígasenos si no es más científico tener un principio lógicamente deducido y prácticamente sancionado y si no es ir al azar, el deducir las indicaciones del erróneo principio del *contraria contrarii.* Este principio será el objeto de nuestro cuarto artículo.

IV

Para acabar de comprender por completo el principio del *similia similibus*, es muy conveniente ahora estudiar el *contraria contrariis*, que es el lema de la escuela alopática. Consiste este principio en combatir las enfermedades con agentes, por su acción contrarios

ú opuestos á las manifestaciones de la enfermedad. Debemos confesar paladinamente que, aunque tal es el lema que ostentan en su bandera los alópatas, no es más que un lema figurado; y que en la mayoría de casos faltan abiertamente á esta consigna. Vamos examinando por partes lo que se hace en diferentes casos y veremos hasta qué punto es letra muerta este asendereado *contraria*. Lo primero que nos salta á las mientes es un caso cualquiera de infección interna (y con este nombre pretendo designar cualquier caso que no caiga bajo el dominio de la Cirugía, por ejemplo, una viruela, un tifus, una difteria). Supongamos un caso de difteria y no lo supongamos de la laringe, sino puramente faríngeo. En este caso el alópata hace una medicación puramente causal ó etiológica. Al efecto internamente usa todos los medicamentos antisépticos conocidos, desde los mercuriales (modernísima invención en algunos casos), á los sulfurosos ó mejor sulfhidrícos y en general agentes cuya tendencia es la de matar los microbios causantes del mal. Externamente procura extirpar y cauterizar las falsas membranas; en una palabra, se procura destruir localmente y en la sangre el baccillus causa de la enfermedad. ¿Es esta medicación contraria ó medicación causal? La escuela homeopática, sin preocuparse de si los agentes que emplea son ó no antisépticos, busca aquellos que, ingeridos en el organismo sano, provocan síntomas parecidos á los de la difteria, es decir, busca la similitud, y así se explica que al lado de los mercuriales, figuren el acónito, la belladona, el hidrastis y la phytolaca, á quien nadie le ocurrirá llamar antiséptico.

Y debemos advertir que no somos contrarios de la

antisepsis porque lo que se denomina medicación causal, más que medicación, es profilaxis presente ó futura, y aun admitiéndola como medicación, ni Hahnemann la rehusó ni nadie puede en buena lógica rechazar en medicina el *sublata causa tollitur efectus*. Pero es que mientras en alopatía no se hace más que quitar el efecto sin afectar la causa ó creyendo quitarla al mismo tiempo; en homeopatía se trata por el principio similia, de ayudar al efecto reaccional de la naturaleza contra la causa morbosa, y además creando con esto un terreno hostil al elemento infeccioso, oponerse á la infección (antisepsis), hacer verdadera terapéutica, porque con el principio de similitud se traduce en hechos una ley curativa y de hacer además terapéutica etiológica, porque quitando el terreno abonado á los microbios se inutiliza la causa morbosa y por ende se la destruye (etiología).

¿Es lógico suponer que el que contrae la difteria no tiene en sí algo que le dispone á la infección? Entonces, ¿cómo se explica que bajo el influjo de una causa morbosa unos se afectan y otros no, ó unos se afectan de un modo y otros de otro? Y este algo que va con el individuo, es independiente hasta de la virulencia y de la cantidad de elemento infeccioso que invade el organismo.

Pero penetremos más adentro en el corazón del principio *contraria*. Deseamos que se nos diga qué es, ó en qué consiste el contrario de una pulmonía, de una viruela, de una contusión, de una invaginación intestinal, etc. Así podríamos ir citando enfermedades hasta agotar la patología, y en todos los casos sólo se nos podría contestar con una palabra: la salud. En efecto, sólo el estado higiénico ó

de salud es opuesto al morboso ó de enfermedad, sea ésta la que se quiera. Porque en el estado de salud no existe síntoma alguno ó tan sólo las señales que revelan el ejercicio normal de las funciones. Luego, si debemos combatir con algo contrario á la enfermedad, no sabríamos qué agente es éste que en todos casos se traduce en una sola fórmula, que es la salud.

Pero avancemos un paso más: el verdadero principio *contraria* en el sentido moral é intelectual de la frase, está englobado en el *similia*. En efecto, verdadera *contraria* hacemos devolviendo la salud y oponiéndonos á la enfermedad, por cualquier procedimiento que sea, y como el enfermo, por más que sufra, es un ser vivo, sólo podremos aliviarlo ó curarlo, siguiendo la corriente desviada de la vida, porque esta oposición sería la muerte. Por esto dice el catedrático de Madrid Dr. D. José de Letamendi que, siguiendo estas ideas, el principio homeopático es de una exactitud matemática rigurosa. Nosotros añadiremos que, si no es rigurosamente matématico el principio homeopático en el sentido numérico ó cuantitativo, lo es en lo que respecta á la esfera de los principios, de la lógica y de la práctica.

La terapéutica, ó sea la parte de la Medicina que se ocupa de los diferentes modos de tratar las enfermedades ó en general del modo de tratar las enfermedades, es susceptible de varias divisiones, y en todas ellas debemos ver si el principio *contraria* es el que campea, ó es el *similia* el que se lleva la palma en la práctica y en la teoría. En primer lugar, la terapéutica puede dividirse en profiláctica y efecfiva, ó sea la que trata de evitar ó prevenir las enfermedades y la que tiene por objeto combatirlas

ó curarlas. La primera puede decirse que es la Higiene, que si parece no pertenecer á la terapéutica, pertenece de hecho por el roce que tiene con el estado patológico que trata de evitar. La segunda, ó sea la terapéutica propiamente dicha, puede dividirse en tantas clases como criterios pueden guiar al médico al tratar de combatir un estado patológico.

Galeno hizo la única división lógica y admirable de la terapéutica, pues admitió la terapéutica *profiláctica*, de la cual ya hemos hablado, la *paliativa* ó *sintomática*, y la *curativa*. La paliativa ó sintomática de Galeno no es más que para contener un síntoma muy doloroso ó muy peligroso, prescindiendo de toda otra consideración. La terapéutica curativa es la más verdadera, esto es, la que trata de volver el organismo al orden fisiológico desviado, y el modo puede variar aún.

Hasta aquí tenemos la profilaxis é higiene admitida por todos, y la terapéutica paliativa ó sintomática, también aceptada por necesidad ó urgencia, pero que ninguna es la verdadera ó curativa, es decir, la que trata de hacer desaparecer la enfermedad.

El Dr. Huchard, además de la terapéutica *sintomática*, que por el hecho de serlo no es opuesta á la enfermedad y sí sólo á síntomas, admite la *etiológica* y la *patogénica*. Ahora bien: ¿es lógica y verdadera esta división? Veámoslo. Si la enfermedad no la podemos conocer más que por el conjunto de los síntomas y ellos solos reunidos son los que nos revelan su existencia y naturaleza y hasta á veces la causa de la enfermedad, combatimos tan sólo su causa ó su naturaleza íntima, y en ambos casos esta clase de tera-

péutica ingresa en la terapéutica etiológica ó en la patogénica. Quedan, pues, las divisiones de Huchard reducidas á dos. Pero ahora veamos qué es la terapéutica patogénica. Ésta, combate la naturaleza ó modo de ser de la enfermedad, y como esto depende del modo como el organismo responde á las causas morbosas, resulta que en todos los casos la terapéutica debe ser etiológica. En verdad, sólo esto puede ser lógicamente una buena terapéutica.

Bouchard admite seis terapéuticas, á saber: la *naturista*, la *sintomática*, la *fisiológica*, la *empírica*, la *estadística* ó *numérica* y la *patogénica*. Esta última es para el doctor Bouchard la terapéutica del porvenir, y como se ha dicho, no es más que la terapéutica etiológica. Ya hemos visto que la sintomática ó no es terapéutica ó ingresa también en la etiológica. La terapéutica naturista ó expectante no es terapéutica, ó en todo caso sería la negación de la misión del médico, sería el *far niente*. No tratemos de la terapéutica fisiológica, porque, aunque trate de dirigirse al proceso mórbido, en su modo vital ó fisiológico de desarrollarse, sólo puede dirigirse á su causa ó á su modo de manifestarse, que es revertible á la causa. La terapéutica empírica, ó sea la que rige, por los resultados que la experiencia ha puesto de manifiesto, no es más que una terapéutica que agrupando los resultados y estudiándolos, vendrá á la postre á cobijarse bajo los pliegues de la terapéutica científica verdadera, es decir, de aquella á la que los hechos y las teorías, la práctica y la ciencia den su sanción. La terapéutica numérica ó estadística, es sólo un medio de comprobar los resultados de la terapéutica, pero no una terapéutica propiamente dicha.

Nos quedamos, pues, con que sólo la terapéutica etiológica es la verdadera y única, pero nos queda por averiguar si para combatir la causa es menester oponerse al cuadro de síntomas de la enfermedad ó seguir la corriente en que se ha encontrado el organismo del enfermo. Ya hemos desarrollado este asunto, pero ahora procuraremos condensarlo en breves palabras.

Hemos visto antes que las causas patológicas pueden resumirse en traumáticas, químicas, infecciosas é impresionales. Las primeras son de acto físico; las segundas de acto químico, como lo indica su nombre; las terceras de acto químico fisiológico, y las últimas poniendo en juego el sistema nervioso y la impresionabilidad del organismo. En los actos traumáticos (golpes, heridas), la medicación es puramente mecánica, y esto para combatir los efectos físicos de la causa: vendaje, reducción, ligadura, compresión, etc.; pues los efectos secundarios, que siempre son impresionales, sólo pueden combatirse por el *contraria* ó por el *similia*. Las causas químicas sólo pueden combatirse por medio de los agentes químicos neutralizadores, por un pocedimiento análogo al mecánico en los agentes traumáticos, y los efectos secundarios también ingresan en los efectos impresionales. Las causas infecciosas desarrollan como las impresionales un proceso vital, y como esto resume siempre todos los modos de obrar de todas las causas, siempre resulta que etiológicamente hablando, los efectos morbosos deben combatirse por el principio *contraria* ó por el principio *similia*.

Pero en un artículo anterior ya hemos dicho que la causa (patogénica ó génesis) produce un efecto

inmediato, que en las causas traumáticas es físico, y en las químicas, químico, y en las infecciosas y en las impresionales, desconocido las más veces (fisiología patológica), y finalmente, un efecto reaccional, debido al organismo, y por ende variable con cada individuo, según el modo de ser de cada uno, y que constituído por el conjunto de los síntomas, forma con su agrupación lo que llamamos enfermedad (síntomas ó cuadro sindrómico). También hemos visto que se confunden de un modo insensible por continuidad de acción, la causa ó génesis, con los efectos inmediatos ó fisiología patológica y los efectos reaccionales ó síntomas, hasta el punto de que en las más de las ocasiones es difícil poder indicar de un modo preciso dónde empiezan unos y concluyen los anteriores.

Y también hemos visto en el artículo anterior, que sólo ayudando á la naturaleza en su esfuerzo reaccional contra la causa de la enfermedad, es como podremos hacer obra terapéutica útil, y nunca combatiendo los esfuerzos de la naturaleza, que son siempre de tendencia verdaderamente terapéutica.

Siguiendo el principio *contraria*, es decir, oponiéndonos á los síntomas, sólo lograremos ahogar los esfuerzos salvadores del organismo y por tanto estaremos fuera del verdadero camino, y lejos de ser médicos, seríamos cómplices de la causa morbosa, porque á los estragos de ésta, añadiríamos nuestra propia fuerza opuesta á todos los movimientos salvadores del organismo.

Asentado ya con lógica incontrovertible la verdad del principio de los semejantes y lo absurdo del principio galénico de los contrarios, tenemos una ley te-

rapéutica, y ahora sólo nos resta hablar de la cuestión de las dosis, de la teoría de la psora y acerca de algunas cuestiones secundarias, entre las cuales, no será pequeña la parte que concederemos al examen de la importancia de la cirugía como medio de tratar las enfermedades.

Vamos, pues, en el siguiente artículo á tratar de las dosis, ó mejor, del microdosismo.

V

EL MICRODOSISMO

Este artículo lo mismo pudiera llamarse *microdosismo* que *polidosismo,* porque tiene por objeto no sólo demostrar la eficacidad y posibilidad de las dosis sumamente refractas, sino también la posibilidad y eficacidad de todas las dosis, desde las más masivas ó macizas, hasta las más divididas, ó en términos del arte, *infinitesimales.* El enunciado que acabo de hacer, divide mi tarea en dos partes, á saber: dar á conocer lo que son las dosis llamadas homeopáticas y luego demostrar que las dosis masivas ó macizas no son el distintivo sólo de la escuela oficial.

El nombre de dosis infinitesimales no es más que un nombre de escuela, pues no significa una cantidad infinitamente pequeña, sino finitamente mínima, y no es esto lo más difícil de comprender en esta cuestión.

Las dosis infinitesimales son las que han valido á la Homeopatía, de parte de los alópatas y del público, en algunas ocasiones, las más sangrientas burlas, los epigramas más ridículos; ha sido el arma con que se ha pretendido poner en evidencia la falta de criterio científico que se ha supuesto en la Homeopatía. Se ha partido de dos principios falsos: uno de ellos es que las dosis infinitesimales son nulas, no contienen ninguna cantidad de principio activo y no pueden por tanto obrar; el otro, que éstas son las únicas que emplea el homeópata.

Entre estas afirmaciones de los alópatas y las unánimes afirmaciones de los homeópatas asegurando la verdad de la acción de las dosis refractas, veamos si podemos averiguar si realmente son dosis activas ó si podrá á los homeópatas tachárseles de crédulos ó de iluminados. Veamos el fundamento de las dosis llamadas infinitesimales, cómo Hahnemann se vió en el caso de recurrir á ellas, y si en el estado actual de la ciencia son aceptables.

Ante todo vamos á adelantar un juicio, que parecerá un *á priori;* y es, según nos han demostrado la práctica y la experiencia en un número inmenso de casos propios y ajenos, que las dosis infinitesimales son activas y dan los resultados que los homeópatas aseguran, y tanto si la ciencia dijese que son nulas, como si dijese que son activas, sus votos aquí podrían ser invalidados, al estilo de lo que decían los sabios antes de que Colón adivinase la existencia de un nuevo camino para las Indias Orientales, es decir, aun cuando dijese que las dosis infinitesimales son nulas, la experiencia negaría esta afirmación, y como siempre y en todos terrenos un hecho bien observado y demos-

trado podría más que todas las teorías científicas, de aquí que suceda, como con el magnetismo animal y los fenómenos durante él observados, que se creía por los sabios eran sofismas ó juegos de manos para engañar ignorantes, y hoy reformando criterios científicos, han hecho con estos juegos de manos de entonces, el hipnotismo de ahora con todos sus portentos. Los llamados antojos de las madres que se presentaban con los hijos, fueron tomados por casualidades que nada tenían entre sí que ver, y sin embargo hoy, reformando opiniones, se ha hallado que son ciertos y muy ciertos estos casos y que realmente están entre sí unidos con los vínculos de una verdadera filiación. Ya veremos que con respecto á las dosis infinitesimales, el mismo Koch vino á dar la razón á los homeópatas.

Observando Hahnemann que las dosis masivas empleadas en los enfermos, según el dogma del *similia*, producía agravación en los síntomas, por más que esta agravación fuese seguida de la curación de la dolencia, fué disminuyendo las dosis hasta un límite donde para continuar bajando en la serie de las cantidades fuese preciso buscar vehículos que hiciesen factible esta división. Este vehículo debía ser inerte para que no obrase sobre el medicamento desvirtuándole, barato y divisible, y para ello eligió el azúcar de leche para las sustancias insolubles, el alcohol ó el agua para las solubles. Para la división siguió la escala decimal ó de 10 en 10, y la centesimal ó de 100 en 100, y observó además, que trituradas con azúcar de leche las sustancias insolubles, se hacían todas solubles al llegar á cierto grado de división.

Hasta aquí nada tiene la teoría de repugnante para

el juicio ó el raciocinio; pero, al considerar la infinitamente mínima cantidad de sustancia medicamentosa que corresponde á una dosis de medicamento llevado á una 12.ª ó 30.ª división, se comprende que se resistiesen las inteligencias á ello no acostumbradas, á admitir que haya en tales dosis algo de sustancia medicinal y que este algo sea activo. Pero también parecería imposible á nuestros abuelos que con un hilo por conductor se pueda hablar en un instante desde Montevideo con una persona que se halla en Buenos Aires, y conocerla por el sonido de su voz. Y sin embargo, esto que era un sueño para nuestros abuelos, es hoy un hecho cierto para nosotros, y hasta vulgar, aun cuando todos los tratados de Física lo hubieran negado, y por más imposible que les pareciera á nuestros antepasados.

Y, como decía Mahoma, *ya que la montaña no viene á mí, vengo yo á la montaña;* es decir, ya que es un hecho que las dosis infinitesimales existen y curan, veamos si son tan opuestas á lo que sabemos científicamente y veamos si será tomar patente de ilusos ó de crédulos ó de inocentes el admitir la posibilidad y la realidad de tales fenómenos. Al pensar en esto, viéneme al magín la pila termo-eléctrica de Nobili y Melloni, capaz de medir la cantidad de calor desarrollada al roce de un soplo deslizándose sobre un plano cualquiera ó el calor producido por el choque de una gota de mercurio al caer dentro de un almirez, etc.

Que la materia es divisible hasta un grado inconcebible, es un hecho que no necesita demostración, como tampoco la necesita el que esta divisibilidad tiene un límite para cada cuerpo simple. También es,

sin embargo, una verdad que distamos, pero mucho, de poseer los medios de llegar al límite antes indicado. La Física admite la molécula como último grado de división, y la Química el átomo. La Química ha llegado á determinar el peso del átomo y de la molécula para cada cuerpo simple, y sin embargo aun no sabemos si llegará la ciencia algún día á aislar estos últimos jalones de la división química. Es ya un hecho vulgar que una cantidad insignificante y casi invisible de almizcle puede producir olor, ó sea emitir moléculas olorosas durante años y no disminuir de peso sensiblemente. Otro ejemplo vulgar de división, lo es la de la cochinilla en el agua. Y los homeópatas podemos afirmar, bajo palabra de honor, que la asafétida á la 5.ª decimal emite olor, y si no se nos cree, no hay más que acercarse á la nariz un frasco que contenga esta atenuación y se verá si huele ó no á asafétida.

Pero lo difícil del asunto no es la posibilidad de dividir una sustancia, sino demostrar su presencia en estas divisiones y demostrar que es activa.

La Química primero hasta cierto límite, y el espectroscopio más tarde y en un límite más extenso, se han encargado sucesivamente de mostrarnos la presencia de los corpúsculos medicinales en divisiones homeopáticas bastante fuertes. El microscopio también por su parte ha corroborado estas observaciones, y todos de consuno han demostrado que la materia es inmensamente divisible y que esta división es demostrable en límites que no son asequibles á nuestros sentidos en estado normal. Sin embargo de esto, todavía existe un reactivo más fino y más difícil de engañar, y este reactivo es el organismo vivo. Y este

reactivo no sólo demuestra la presencia de cantidades incalculablemente pequeñas de materia, sino también su actividad. Es cosa que cae de su peso que, admitida la posibilidad de la existencia de un átomo de azufre, de fósforo, de hierro, etc., no pueden dejar estos átomos de existir con todas sus propiedades físicas y químicas en cantidad proporcional á su magnitud. Será pequeña esta actividad, pero al fin será, y siendo será una palanca pequeña, pero palanca al fin, y capaz de producir energías.

Dígasenos sino, qué cantidad de energía, de fuerza ó de movimiento se necesita para mover un brazo de palanca en equilibrio, por más que esta palanca sea la de Arquímedes, es decir, capaz de levantar el mundo.

Antes se acostumbraba á preguntar qué cantidad de miasmas se necesitaba para provocar una enfermedad mortal; pero hoy, admitido que los miasmas son seres vivos, y como vivos, reproducibles, ya tal pregunta huelga, pues desde que un ser puede reproducirse, puede dar lugar á una cantidad de materia infectante asequible á todas las mediciones físicas y químicas; sin embargo, esto que parece un argumento rebatido en daño de la Homeopatía, se ha encargado de volverlo al primitivo estado de la pregunta el continuo progresar de los descubrimientos modernos.

Que la linfa de Koch producía en algunos casos agravaciones de tuberculosos tan intensas, que les costó la vida, es un hecho de que se han hecho cargo todos los sabios, todas las academias, todas las clínicas y todos los periódicos científicos. Igualmente estos sabios, estas academias, estas clínicas y estos pe-

riódicos saben que la linfa de Koch tiene por principio activo, las ptomainas del bacillus tuberculoso. Las ptomainas como agentes patógenos de una potencia á veces aterradora, son bien conocidas y están bien demostradas, y sin embargo las ptomainas no son seres, son productos, no pueden multiplicarse ó reproducirse en el seno del organismo vivo que las recibe, y á pesar de ello ¿qué cantidad de ptomainas, preguntamos, ¿se necesita para matar á un hombre? Los experimentos hechos con la linfa de Koch han venido á demostrar que si no querían correr riesgos seguros y serios, era menester atenuar al 1 por 100 y al 1 por 1000 las soluciones que se inyectaban. Y pregunto yo á los señores alópatas: ¿son éstas atenuaciones decimales ó, como decía el poeta, *serán torreznos?*

Que se nos diga cuánto pesa ó qué dimensión tiene la visión de un peligro que ocasiona un desmayo, es decir, un trastorno de todo el organismo de una mujer. Que se nos diga cuánto pesa ó qué calibre tiene un disgusto que cuesta la vida á una persona. A tal individuo le cuentan que su hijo ha sido asesinado, y se vuelve loco; que nos digan cuánto peso ó qué dimensión tiene el cuento ó la noticia, qué cantidad de energía representa. Si cosas que materialmente casi nada son, son capaces de producir tales trastornos, ¿por qué razón no podrá una cantidad mínima de café producir el sueño á un enfermo desvelado, ó de opio desvelar á un enfermo soporoso?

No queremos inferir á nuestros colegas alópatas la ofensa de que no nos entienden ó de que no quieren aceptar por bueno lo que ellos mismos nos imprimen por tal, en libros y folletos. Pasaremos, pues, á otro asunto y ahora nos dirigimos á médicos y público.

Existe la creencia general de que los homeópatas sólo damos y podemos dar como tales, cantidades de las llamadas infinitesimales. Es éste un error tan craso como perjudicial. Suponer tal, sería suponer que la gama de actividades propias de una sustancia sólo tenía aplicación en cantidades mínimas y que las grandes no eran aprovechables. Tanto daría suponer que nos podríamos alimentar mejor con una molécula de carne que con 200 gramos. Es natural que según la clase de enfermedad que tratemos de combatir, aguda ó crónica, según el temperamento del enfermo, su modo de ser en el momento en que le observamos, la clase de medicamento que debemos emplear, será necesario echar mano de la actividad de una sustancia por gramos, y otras veces por decillonésimas de gramo. Y precisamente por esto es que los homeópatas podemos llamarnos inmensamente ricos, pues podemos echar mano de una variedad de cantidades de actividad de cada sustancia medicamentosa. Y lo que ahora decimos no es un cuento de brujas: es simplemente un fenómeno mil veces explicado y repetido en todas las terapéuticas de los señores alópatas, desde Trousseau hasta Hussemann. Todos saben que un gramo ó dos de calomelanos, dados de golpe, son un purgante seguro, y que no se produce así nunca la salivación ó sea los fenómenos de absorción que llamamos medicamentosos ó tóxicos. Todos saben que un decigramo de calomelanos dividido en quince ó veinte papeles dados sucesivamente, no purgan, y producen, en cambio, con casi matemática seguridad, la salivación, ó sea la intoxicación, y lo que es más grave, la desplastización de la sangre, la muerte de muchísimos glóbulos rojos, amén de muchos trastornos de

orden vital ó nervioso. Lo mismo puede decirse del plomo. Una bala de plomo no produce, ingerida en el estómago ó depositada en los tejidos de una herida, más fenómenos que los físicos debidos al cuerpo extraño (suponemos la bala limpia de microbios). En cambio, unas limaduras finas de plomo ingeridas en el estómago ó una sal de plomo ingerida en cantidades pequeñas y repetidas, puede producir un intenso cuadro de síntomas de saturnismo, en el que no figurarán en última línea los dolores del cólico de plomo ó las parálisis, contracturas ó encefalopatías.

Lo mismo podemos decir los homeópatas: nosotros podemos utilizar lo mismo las propiedades físicas de un cuerpo para curar los enfermos, que toda la serie de actividades que puede desplegar una sustancia según la cantidad y forma medicamentosa en que sea aplicada al organismo.

Y aquí viene otra cuestión, y es la de las actividades que pueden adquirir los cuerpos de la naturaleza, según las manipulaciones ó actos físicos ó químicos que sufran, y como es asunto largo y no quiero cansar á mis pacientes y benévolos lectores, les doy las gracias y prometo hablar de ello en el siguiente artículo.

VI

Dijimos al concluir el artículo anterior, que nos ocuparíamos ahora de los cambios que sufren las propiedades físicas, químicas y hasta fisiológicas de las

diversas sustancias que emplea la Terapéutica homeopática según las manipulaciones ú operaciones á que se las somete. Y esta cuestión es tanto más importante, cuanto que implica el porqué de las propiedades que indudablemente adquieren muchos ó la mayor parte de los medicamentos que usa la homeopatía al ser sometidos á los procedimientos de división conocidos con el nombre de diluciones y de trituraciones.

La Química y la Fisiología de consuno responden categóricamente que el estado de agregación ó disgregación molecular de los cuerpos influye directamente en las propiedades de los cuerpos simples y compuestos. Ante todo, y hablando de los cuerpos simples en general, recordaremos que los cuerpos se presentan en tres estados, que son: sólido, líquido y gaseoso, y que la actividad química de los mismos está, podría decirse, en razón directa de su estado de separación molecular, de modo que los gases son más activos, químicamente hablando, que los líquidos, y éstos más que los sólidos. Asimismo, al pasar del estado sólido al líquido y de éste al de gas, aumentan las afinidades químicas y las actividades de los cuerpos. Por ejemplo, el mercurio á o grado está en estado sólido y tiene la apariencia del plomo, gozando de poquísima afinidad y actividad química; en cambio, á la temperatura normal en que es líquido, el azogue goza ya de mayor facilidad para combinarse, y en estado gaseoso es tan fácil de combinarse, que lo hace con el oxígeno del aire. Asimismo el mercurio en vapor es eminentemente fácil de penetrar en el organismo y de desplegar sus actividades fisiológicas. El mercurio líquido puede ingerirse en las vías digestivas sin desplegar más actividad que los efectos de su peso.

El hidrógeno en estado naciente, es decir, cuando se desprende de una combinación química, tiene una afinidad notabilísima, como lo comprueba el combinarse repentinamente y con detonación con el cloro, al solo efecto de un rayo luminoso ó de una chispa eléctrica, mientras que no estando en estado naciente, se combina lentamente y sin detonación. Tal diferencia en las propiedades de un cuerpo no puede ser debida más que á un distinto modo de agrupación molecular.

Los llamados estados alotrópicos de los cuerpos no son más que diferentes modos de agrupación atómica ó molecular; así el fósforo blanco y el fósforo rojo ó amorfo son tan diferentes, que uno es soluble en ciertos vehículos, es venenoso, es inflamable al aire libre y por el roce; el otro no es soluble á lo menos con tanta facilidad, no es venenoso por lo tanto y no es inflamable más que por roce con ciertas substancias ó cuerpos.

El azufre alpha, beta y gamma, ó sea en sus tres estados alotrópicos, goza de propiedades físicas y químicas completamente distintas, que se utilizan para ciertas aplicaciones industriales. Así podríamos multiplicar los ejemplos, como el del oxígeno, cuyas propiedades comburentes son excitadas por el estado naciente y en estado llamado de ozono ó electrizado. Todos ellos tienden á probar y prueban que la división molecular despliega las propiedades de los cuerpos de la naturaleza.

El calor disgrega los cuerpos, los funde si son sólidos, los convierte en vapor si son líquidos, y al hacerles sufrir estos cambios de estado, provoca en ellos las afinidades químicas. El hierro y el azufre

en presencia uno de otro quedan sin alteración, pero fundidos, es decir, liquidados en un crisol al calor, se combinan constituyendo el sulfuro de hierro.

Las propiedades eléctricas de los cuerpos son provocadas en todos ellos por el roce, y en una palabra, no hay acto químico en que no se note previamente alguna disgregación ó separación molecular.

Nos hemos extendido en estas consideraciones físico-químicas para que se comprenda que no son vulgaridades ni sinrazones, los motivos por los que Hahnemann y los que siguen su terapéutica, hacen sufrir á las sustancias medicamentosas divisiones previas bajo la forma de trituraciones ó disoluciones sucesivas.

Crookes descubrió el estado llamado radiante de la materia, y uno de los instrumentos de que se valió es el radiómetro de su nombre.

Dentro de un balón de vidrio que contiene cuatro paletas de mica sostenidas en aspas sobre un eje sumamente ligero, hase hecho el vacío hasta donde se haya podido. Ahora bien, como es sabido, el vacío absoluto es prácticamente imposible; podrá quedar una cantidad sumamente imperceptible de aire dilatado cuando se lo permita el estado de vaciedad del balón, pero nunca se acaba de expulsar el aire. Pues bien, esta mínima cantidad de aire enormemente dilatado adquiere la propiedad de hacer girar sobre su eje las cuatro aspas de mica cuando la luz hiere el aire raro y dilatado del balón. La rapidez con que giran estas aspas está en razón directa de la intensidad de luz que llega al aparato. Este aparato lleno de aire normal no gira ni en la luz ni en la oscuridad: luego el estado radiante ó de dilatación enorme de la mezcla gaseosa que constituye el aire, es una

prueba de las nuevas propiedades que la disgregación molecular añade á los cuerpos.

Empecemos, pues, á estudiar algo de las trituraciones. En Física se admiten cuerpos solubles é insolubles. Sin embargo, Hahnemann tiene el gran mérito de haber demostrado que todo cuerpo, por insoluble que parezca, se hace soluble si así se lo permite cierto grado de disgregación molecular. El fósforo es insoluble en el agua. Sin embargo, el agua que ha contenido fósforo, aun cuando parezca que no lo haya disuelto, es venenosa y el reactivo del organismo viviente es capaz de acusar en aquella agua lo que la química era impotente para descubrir.

El agua en que se ha hervido mercurio y en la que la química nada puede hallar, expulsa los parásitos intestinales del hombre. Estos ejemplos prueban que los cuerpos, por insolubles que parezcan, son solubles en cantidades que están fuera del alcance de los reactivos químicos ordinarios y en estado extremo de división.

De este modo el azufre, el polvo de licopodio, el grafito ó plombagina, la sílice, el jugo de la sepia ó jibia, el oro, la plata, el cobre, el hierro, divididos finísimamente por medio de la trituración, se hacen solubles en el agua y en el alcohol, á partir de la tercera trituración. Esta solubilidad puede decirse que es una nueva propiedad, pero lo más maravilloso es que bajo el influjo de la trituración, estos cuerpos adquieren propiedades fisiológicas nunca sospechadas antes de que Hahnemann las sometiese á las portentosas divisiones homeopáticas.

No quiero hablar del azufre, del oro, de la plata, etc., que ingeridos en estado de división en el orga-

nismo, se diría que pueden formar sales ó compuestos solubles que pueden ser activos en proporción de su cantidad. Hablaré de la sílice, del grafito y del carbón, que por considerarse insolubles en alto grado, se los considera desprovistos de actividades capaces de obrar sobre la vitalidad de los seres vivos.

La sílice, á partir de la tercera trituración, en que empieza á hacerse soluble, comienza á obrar enérgicamente sobre el organismo humano y es un agente provocador de las supuraciones, que ha hecho decir unánimemente á los homeópatas, que es la lanceta de los partidarios del *similia*. Asimismo la sílice adquiere propiedades antiescrofulosas, que le valen en manos de los discípulos de Hahnemann brillantes y cotidianos éxitos en el tratamiento de muchas inflamaciones de orden escrofuloso.

Para los alópatas la sílice no es medicamento, sino un guijarro inútil, como si todo cuerpo no tuviera sus propiedades ocultas ó manifiestas y aprovechables en casos particulares que los estudios se encargan de determinar. Y lo más notable es que hasta cierto límite, las atenuaciones homeopáticas de la sílice obran con una energía tanto mayor cuanto más grande es el estado de división á que se ha sometido aquélla.

Pues, ¿qué diremos del carbón vegetal ó animal? La alopatía no le reconoce más propiedad que la de ser absorbente de los gases, miéntras que atenuado y hecho soluble, la Homeopatía le ha reconocido algunas apreciabilísimas propiedades. Modifica ventajosamente algunas dispepsias flatulentas y dolores del mismo origen, con más seguridad que la grosera absorción que le reconoce la escuela rival, y obra sobre el sistema nervioso y la vitalidad en general desper-

tándola en alto grado. Es menester ver cómo levanta la temperatura de los enfermos en que el termómetro desciende debajo de la cifra fisiológica normal acusando un peligroso descenso de la vitalidad, é inútil será que digamos que en manos de los homeópatas es la cafeína de los moribundos que disputa á la muerte su presa minuto por minuto. Esto no lo creerán los alópatas, pero lo juraremos bajo la fe de caballeros y de médicos, todos los homeópatas del orbe, y lo juraremos porque lo hemos visto mil veces con estupor y podemos de ello dar fe. Que se nos tache de crédulos ó de ilusos, nada nos importa, pero también pudo tacharse de iluso á Edisson y hoy es un genio.

En general puede decirse que todas las sustancias atenuadas hasta cierto límite aumentan su actividad, su energía y su esfera de acción, conforme son más divididas por los procedimientos de los homeópatas.

Las diluciones haciendo una división progresiva en el seno de vehículos líquidos, producen los mismos resultados que las trituraciones.

Las propiedades desplegadas por las sustancias divididas y suministradas según el principio de los semejantes, después de sometidas al crisol de la experimentación fisiológica, constituyen un tesoro que jamás abandonarán los homeópatas, porque pueden siempre y en todo caso contar con él. Que se nos diga sino, por qué esta tela de Penélope de la escuela alopática, este tejer y destejer, que hoy ensalza al medicamento nuevamente aplicado ó descubierto hasta la altura de una panacea, mañana lo desacredita á la luz de una desilusión producida por una aplicación mal dirigida y más tarde lo arroja en la sima sin

fondo del olvido. Y no lo decimos por gusto, sino porque es cierto y ha pasado por nuestros ojos y por nuestras manos. ¿Qué fué de la Bryonia? ¿Acaso la Bryonia que se empleaba antiguamente como drástica, que se empleaba tostada para las hernias, es distinta y no goza de las mismas propiedades? Si ayer producía en las enfermedades catarrales é inflamatorias de las vías respiratorias el efecto A ó B, ¿es hoy falso lo que ayer era una verdad? Y si era verdad, ¿era digna la Bryonia del olvido en que ha caído? Revisad las terapéuticas modernas y ved lo que dicen de esta planta.

Ayer el antipirético de moda fué la quinina, hoy es la antipirina, la antifebrina, la analgesina, etc. ¿Acaso las últimas sustituyen con ventaja á la primera? Ó es que han variado sus propiedades, ó es que la quinina es un falsario que mintió propiedades que no tenía. Hoy sólo se la emplea como antiperiódico y sin embargo no deja de ser un medicamento más constante y seguro que la antipirina. A esta última se le han olvidado ya propiedades más preciosas que á la raíz de su descubrimiento se le reconocieron, como son las que despliega en la fiebre de los tuberculosos.

La razón de este fenómeno, que hace constantes á los homeópatas en su terapéutica y veleidosos á los alópatas, es muy sencilla.

Con la experimentación en el hombre enfermo por solo guía, lo cual no es más que el anverso de la cuestión, faltando el reverso, ó sea la experimentación en el hombre sano, no es posible saber á punto fijo las propiedades é indicaciones que puede tener una sustancia. Sin una ley que como el *similia similibus*

curantur, sirva de brújula fiel para la aplicación de los remedios, éstos se dan al tanteo, y cuando no encuadran bien en el cuadro patológico del enfermo, despliegan su actividad fisiológica y dañan. Estas frecuentes decepciones que tanto descorazonan á los colegas alópatas, les hacen desechar hoy lo que ayer aceptaron con júbilo y entusiasmo; de aquí este tejer y destejer, como hemos dicho antes.

El conocimiento del modo de obrar de los remedios en el hombre sano, y del modo como deben en consecuencia obrar sobre el enfermo, nos da esta fe imperturbable, que brilla sobre la frente de los homeópatas, que nos hace invulnerables á las críticas más bien templadas, y que hace que en donde quiera que se ha presentado la Homeopatía, ha arrastrado en pos de sus portentosos éxitos á todas las gentes que con ánimo sereno y libre de preocupaciones han tratado de rendir pleito homenaje á la verdad donde quiera que se halle y bajo cualquier forma que se presente.

VII

Terminado el examen y exposición del microdosismo, pensaba dedicar algunos párrafos á la teoría de la psora; pero, en primer lugar, por no hacer demasiado largos y por lo tanto pesados estos artículos, y luego pensando que el asunto es más propio para una discusión académica, que para ponerlo en artículos populares, he creído mejor saltar esta cuestión, que para el asunto de que tratamos no es de capital importan-

cia, y pasaré á hablar de diversas cuestiones que con la Homeopatía se rozan y que andan en boca del público con muy varias interpretaciones.

Y el primer asunto y de gran importancia que á este respecto se ofrece es la Cirugía.

Es cosa vulgar y corriente, y por tal admitida por una gran mayoría del público, así profano como ortodoxo en Medicina, la opinión de que la Homeopatía rechaza toda intervención quirúrgica por inútil ó perniciosa y que entre los homeópatas existe una verdadera repulsión por la Cirugía, y como resultado lógico é inmediato de esta opinión ni se tiene por cirujanos á los homeópatas, ni se los llama, ni siquiera se da valor á la opinión de los homeópatas en asuntos de bisturí. Es menester poner las cosas en su verdadero punto y demostrar lo absurdo de tales ideas, harto viejas ya y propaladas con notable descrédito de la Homeopatía.

En primer lugar, todos los *médicos*, homeópatas por el hecho de serlo, deben ser cirujanos, y no lo son por el mero hecho de que las Facultades donde estudiaron les obligara á ello, sino porque moralmente todo médico debe serlo, ya que siendo la Cirugía una rama imprescindible de la terapéutica, no puede haber médico que se prive de los recursos de este arte, hoy tan adelantado y tan necesario é irreemplazable en múltiples ocasiones. Tan arraigada está entre el público la idea de que los homeópatas no son cirujanos, que un padre me decía un día preguntándome por su hijo afecto de crup diftérico, que, cómo me compondría si la medicación no dominaba la asfixia, y con gran sorpresa suya le dije que haciendo la traqueotomía. A esto me replicó: — ¿Y quién la hará? A lo

que yo añadí:—Pues, un servidor de Vd. Por fortuna la operación no fué necesaria.

Debemos, pues, empezar por dejar sentado que la medicina y la cirugía son inseparables y que todo médico, sea de la escuela que fuere, debe ser apto para operar.

La mejor prueba de que no están reñidas la cirugía y la homeopatía, es que todas las obras de medicina homeopática nos hablan de los casos en que es necesaria la intervención quirúrgica, y además el hecho de existir obras de homeopatía exclusivamente dedicadas á cirugía. Entre ellas citaremos la *Cirugía Homeopática* de Gilchrist, entre otros autores ingleses; Buffon, de Chicago, 1884, *The diseasses of the eye;* Franklin, *Veneceal dise asses 1883;* W. Tod Helmuth, *Sistema de Cirugía,* 5.ª edición, 1111 págs. 8.º; E. H. Prat, *Orificial cirugía y su aplicación al tratamiento de las enfermedades crónicas,* 122 págs. 12; E. Martín, *Esencicls ó Surgery 1891,* 334 págs.; J. Butler, *La electricidad en la Cirugía,* 111 págs; Id. *Tratado de electro-terapéutica y de electro-cirugía,* 250 págs. 8.º; Helmuth, *Litotomia suprapúbica,* 88 págs. 4.º; Norton, *Terapéutica oftálmica,* 342 págs.; Gilchrist, *Principios de Cirugía y cirugía menor;* Id., *Emergencias quirúrgicas;* Helmuth, *Tumores ováricos y ovariotomía,* etc., y otros autores norte-americanos; el tratado de *Bojanus* escrito en Bruselas, y otros. No hay escrita obra alguna de homeopatía donde no se haga referencia á las operaciones que son necesarias en el tratamiento de muchas enfermedades. Además, en la técnica manual operatoria se sigue á los más renombrados autores de alopatía, ya que esta parte de la medicina nada tiene que ver con la escuela homeopática en lo que atañe

á sus principios y puede lo mismo ser seguida por los partidarios de una como de otra escuela.

Los médicos homeópatas, en cirugía no podemos menos de aceptar todos los adelantos que la antisepsis quirúrgica ha impreso en el manual de todas las operaciones. Así, pues, no tiene razón de ser la idea de que los homeópatas son opuestos á las operaciones. Yo mismo he ejecutado y he intervenido en la operación de la traqueotomía, he verificado paracentesis y toracentesis, he hecho amputaciones, extirpaciones de tumores, etc., etc., amén de un sinnúmero de pequeñas operaciones quirúrgicas que á cada paso se ofrecen en el decurso de nuestra práctica.

Sin embargo, nosotros tenemos nuestra escuela, y sin rechazar ninguno de los vastos recursos que la operatoria nos ofrece, añadimos á éstos los que la Medicina homeopática nos brinda, con lo cual el éxito de nuestras operaciones está doblemente garantido. Pero en lo que nos distinguimos y mucho de los alópatas, es de nunca ceder al prurito operatorio, á esta manía quirúrgica que se observa en los partidarios de la escuela oficial. Antes de acceder al pedido de una operación, examinamos si otros recursos menos violentos y peligrosos pueden alcanzarnos la apetecida curación, y sólo cuando puede haber peligro inmediato en postergar la operación ó ventajas positivas en ejecutarla desde luego, y cuando otros recursos no nos pueden servir para nuestro objeto, es cuando tomamos el bisturí, la cuchilla ó el cauterio y practicamos la operación con arreglo á los principios de la moderna cirugía. Pongamos un ejemplo. La amigdalitis crónica ó infarto crónico de las amígdalas es una enfermedad que generalmente se presenta en

individuos escrofulosos, lo cual quiere decir que es una de las múltiples manifestaciones de un vicio general. Lo lógico, lo médico es devolver á las amígdalas su volumen normal, combatiendo el escrofulismo, que es la causa general orgánica. Los alópatas, dando ó no al enfermo un tratamiento interno y externo adecuado al caso, lo primero que aconsejan y practican es la amigdalotomía. Los homeópatas damos varios medicamentos internos, que usados con constancia por cierto tiempo modifican el estado general del organismo y devuelven á las amígdalas su volumen normal. En último caso siempre nos queda el recurso operatorio, pero nunca lo necesitamos, porque con los remedios internos curamos perfectamente estos casos.

En una palabra, la cirugía de los homeópatas es la verdadera porque tiene por límite la necesidad, mientras que muchos cirujanos alópatas operan sin necesidad ó cuando aun habría recursos que oponer al mal. Lo único que puede justificar estas intervenciones es que la escasísima terapéutica alopática pronto agota sus contados recursos y hay que recurrir á la cirugía.

Queda, pues, plenamente justificada la cirugía homeopática, y por lo tanto el título que tenemos de médico-cirujanos. Pero ahora viene un nuevo asunto: ¿los cirujanos homeópatas al operar deben y pueden emplear la antisepsis ó abstenerse de ella, y empleándola pueden perjudicar en algún modo un tratamiento interno que sea necesario?

Respecto á estas dos cuestiones tenemos de hace mucho tiempo nuestro criterio formado. En primer lugar, está incuestionablemente demostrada la necesidad imprescindible de los actos operatorios, y sentada

esta necesidad es preciso de todo punto poner en lo posible al operado fuera de las contingencias y peligros á que le expone la operación. Ahora bien, la antisepsis llena por completo estas exigencias y evita ciertos peligros: luego debe emplearse la antisepsis. Es indudable que la antisepsis no tiene más objeto que evitar la entrada en el organismo de elementos infecciosos que aprovechan toda solución de continuidad para introducirse en el organismo. Toda operación, como toda herida es, pues, una puerta de ingreso en el ser vivo y por ella penetran los elementos infecciosos. Es indudable que el organismo tiene medios de resistencia contra invasiones extrañas, pero también es indudable que poniendo los antisépticos en los puntos vulnerables como centinelas avanzadas, no puede el organismo sufrir los ataques de los microbios y puede seguir sin titubear, ni luchar, su trabajo de regeneración de la herida quirúrgica ó traumática. Que muchos de los medios de que se vale la antisepsis son más ó menos venenosos para el organismo, es incuestionable; pero en primer lugar pueden emplearse en dosis que sean seguras é inofensivas, según sea el antiséptico empleado, y luego hay muchos cuya acción ha demostrado la experiencia, que no son nocivos sino en dosis en que no es necesario emplearlos. Es indudable también que en esto influyen, y mucho, la edad y el estado de susceptibilidad del operado. Finalmente se ha demostrado hasta la saciedad, que gracias al empleo de la antisepsis, infinidad de heridas, que antes eran consideradas como mortales de necesidad, hoy se curan pronto, y seguramente gracias á este método, y operaciones que nunca se soñó siquiera en poderlas hacer, hoy

son factibles y casi casi se las considera como bagatelas quirúrgicas. Entre estas operaciones citaremos las ovariotomías, laparatomías, operación de Porro, y en general todas las que se practican abriendo las grandes serosas, abdominal, torácica y encefálica, y las que se practican en las grandes articulaciones.

Queda ahora por resolver si el uso de los antisépticos es compatible con el empleo de los medicamentos homeopáticos. Esto nos llevará como por la mano á estudiar si realmente el método homeopático exige por el uso de sustancias activas ú olorosas, las precauciones que han sido por tanto tiempo patrimonio de los homeópatas. Por de pronto, y ciñéndonos á la cuestión quirúrgica, diremos que la práctica nos ha demostrado que muchos antisépticos desprovistos de olor pueden emplearse sin ningún cuidado aun cuando deba medicarse al operado. Con el método antiséptico se puede evitar la fiebre, que es lo que más imperiosamente exige el uso de medicamentos. Pero aun en el caso de que fenómenos sépticos vengan á exigir algún medicamento, podemos decir, según se desprende de nuestra práctica, que no son incompatibles los antisépticos y los remedios Hahnemannianos. Recordamos una herida vasta en un niño que tuvo que ser atendida con gran rapidez, gracias á la gran cantidad de sangre perdida, y cuya cura no fué aséptica como debería haber sido. Presentóse la supuración, alguna fiebre, y como resultado de ella y de la debilidad, el niño comenzó á delirar. Varios antisépticos, entre ellos el agua fenicada, yodoformo y gasas antisépticas, algodón y vendas antisépticas también fueron empleados, y sin embargo, al ver al niño atacado de delirio, parte debido á la pér-

dida de sangre y en parte á la ligera infección, empléе sin titubear la *Coffea,* de la 3.ª decimal, y á la primera cucharada bajó el termómetro á la normal y cesó por completo el delirio. Éste no es más que un caso entresacado entre muchos otros de los que recuerdo en mi práctica. Sólo diré que yo jamás titubeo en emplear el método antiséptico y en proporcionar al enfermo la doble ventaja de la limpieza quirúrgica y la medicación homeopática.

Ahora, si se nos dice si somos partidarios de la antisepsis médica, ya la cuestión varía y seremos de una opinión contraría á la de los alópatas. Para nosotros no es lo mismo la superficie del cuerpo y de las heridas, donde cabe una perfecta antisepsis, que el complicado problema que palpita en cada proceso infeccioso en el interior del organismo, y no cabe parangonar en modo alguno lo que pueden hacer los antisépticos á las puertas del organismo ó en el intrincado laberinto de encontradas acciones que se entrecruzan en el interior de los tejidos vivos. Por esto es que así como creemos firmemente en la eficacia de la antisepsis quirúrgica ó exterior, no tenemos confianza alguna en la antisepsis médica. Mejor dicho, creemos que la curación de los procesos infecciosos internos ó médicos debe encomendarse á la isopatía ó á la higiene.

No podemos concebir, en el estado actual de nuestros conocimientos, que pueda la antisepsis oponerse á la fiebre tifoidea como medio eficaz. Creemos, sí, que la higiene del enfermo coopera al éxito, que la antisepsis puede en parte evitar la enfermedad; pero una vez encendida la pira infecciosa en el organismo, no nos queda más recurso que ayudarlo en la lucha

que sostiene contra los elementos extraños, allí está la verdadera antisepsis, allí está el verdadero campo de batalla, allí las verdaderas trincheras que hay que defender del asalto de los microbios. Por esto los mismos alópatas hacen una medicación sistemática y procuran mantener las fuerzas orgánicas con los tónicos y los alimentos; imitando en esto á los que para sostener una fortaleza y darla la victoria, procuran introducir en ella víveres y municiones para mantener á los defensores y facilitarles la defensa.

Se nos dirá que empleamos tópicos antisépticos cuando hacemos hacer gárgaras de bicloruro al 1/2 por 1000 á los enfermos de difteria y de la mayor parte de las anginas infecciosas. Pero debemos recordar que los mercuriales son perfectamente homeopáticos en las anginas todas en general y que el uso de los mercuriales intra et extra, es en este caso el cumplimiento de lo que es un axioma en homeopatía: usar el medicamento de acción semejante al interior y el exterior si es necesario, para coadyuvar á la curación.

Ahora, respecto de si los medicamentos homeopáticos son anulados por los medicamentos activos ú olorosos, diremos que no creemos mucho en ello. Creemos con muchos homeópatas, que si el remedio está bien elegido, aun en atenuaciones sumamente altas, es decir, en grandes potencias, obra bien á pesar de todos los olores y de todas las influencias. A este respecto no podemos olvidar que Gallavardin dice[1] emplea como vehículo para sus 200ª ó 600ª potencias que usa contra el alcoholismo, el mismo coñac,

1. «Alcoholisme et criminalité»—París, 1889.

ron, aguardiente, café ó guisos predilectos del borracho, y á pesar de ello los resultados no dejan de ser los más favorables en un gran número de casos. Creemos también que en una dispepsia conviene que el enfermo se abstenga de los estimulantes para no dar pábulo á la enfermedad, pero no por temor de anular las acciones medicamentosas, que á un herpético no le convienen los irritantes, pues es añadir fuego al fuego y nada tiene que ver con la actividad de los agentes empleados. En una palabra, para nosotros las precauciones homeopáticas, en muchos casos son precauciones de Higiene, que en conciencia lo mismo deberían emplear los alópatas con sus dosis masivas, que los homeópatas con sus dosis extraordinariamente refractas.

VIII

Vamos á finalizar nuestros artículos tratando de varias cuestiones sueltas que se rozan con nuestra práctica diaria y que pueden ser causa de censuras, así de parte de los alópatas, que dirán que hacemos alopatía, como de parte de ciertos homeópatas exagerados, *más homeópatas que Hahnemann*, que asegurarán que ciertas prácticas no son homeopatía.

El uso de las cataplasmas como medio externo coadjutor de los tratamientos internos, es una de las prácticas que más critican los homeópatas exagerados. Para nosotros hay casos en que estos medios pueden coadyuvar poderosamente la acción de los medi-

camentos internos. Podemos decir más: los alópatas han casi ya proscrito por completo las cataplasmas de la práctica moderna, y los homeópatas somos los únicos casi que las empleamos. Pero á los homeópatas que nos critiquen esta práctica, lo mismo que á los alópatas, les diremos que las cataplasmas, por más que la escuela panspermista diga que sólo sirven para podrir inútilmente las partes enfermas, en los casos de flemones vienen muy bien para provocar una circulación colateral más expedita, que no comprima los nervios que se hallan comprendidos en la zona inflamada y por ende para disminuir los dolores. Diremos que provocando la supuración aceleran la terminación del proceso, poniéndolo en estado de ser abierto con el bisturí ó la lanceta. Y finalmente diremos que coadyuvan la acción de los excelentes medicamentos que poseemos para resolver ó para acelerar las supuraciones, como son, por ejemplo, el *sulphur*, el *hepar sulphuris*, la *silicea*, etc. Nuestra práctica de muchos años nos autoriza para asegurar lo que escribimos, advirtiendo que en ningún caso es óbice esta práctica para poner en planta la antisepsis, siempre que ésta fuera necesaria.

El uso de los enemas ó lavativas es también criticado por ciertos homeópatas, que en asuntos médicos creen que el sistema lo es todo, prescindiendo por completo de otras consideraciones.

Lo que nosotros hacemos es no prodigar estos medios, ya porque molestan algo á ciertos enfermos, ya porque son innecesarios en otros. Pero hay casos en que un hecho mecánico exige el empleo de estos enemas, que se hacen insustituibles. En la práctica diaria se encuentran enfermos con constipación intestinal tan

pertinaz, que resiste al empleo de los medios de que dispone la homeopatía para tal síntoma.

Y hay ocasiones en que este síntoma toma tal preponderancia, que es preciso atenderlo sin pérdida de tiempo de un modo ó de otro. Cuando se trata de una constipación crónica pertinaz, no creemos que sea una falta de homeopatía el provocar evacuaciones por medio de los enemas. Cuando se trata de un vólvulo ó de un cólico miserere, creemos que es deber del médico acelerar la resolución del caso con enemas y hasta con purgantes, con verdaderas duchas intestinales, y que sería faltar criminalmente á la conciencia esperar el efecto de medicamentos, que en este caso serían demasiado lentos, estando, como está, la vida tan rápida y directamente comprometida. Ningún homeópata en caso semejante obrará de otra manera, y los tratados de homeopatía todos á una consagran esta práctica como la más racional en este caso.

Yo comparo esto con los casos de envenenamiento. Cuando un hombre se ha tragado una dosis de ácido clorhídrico, en conciencia no podemos esperar el efecto de medicamentos que no son neutralizantes. Debemos hacer medicación causal (que siempre será contraria contraris, ó mejor será química) y dar al enfermo algo que le haga expulsar el veneno ó lo neutralice. Hecho esto se pasará á destruir los efectos del veneno sobre el organismo con los medicamentos homeopáticos. Lo mismo es, pues, cuando existe un atascamiento intestinal. Los purgantes y los enemas pueden obrar rápida y mecánicamente sobre el tapón obturador, y luego con la medicación homeopática destruimos los efectos producidos por el

tapón y cortamos la reproducción del accidente. Ninguno de estos hechos es contrario á los principios de la Homeopatía.

La medicación sintomática hay algunas ocasiones en que se impone del modo más enérgico y categórico. Dos síntomas son generalmente los que á veces nos obligan á romper con nuestras tradiciones, si esto es romper con ellas; á saber: el insomnio y el dolor.

Hay ocasiones en que el insomnio se hace tan pertinaz á causa del dolor, de la debilidad ó de la fiebre, etc., que por su duración compromete la vida del paciente y hasta anula los efectos de las medicaciones más bien dirigidas. En este caso somos partidarios de buscar algo que rápidamente favorezca el sueño para, después volver á la medicación fundamental homeopática. En el hospital homeopático de París no se desdeña en estos casos el apelar al cloral para obtener el tan deseado sueño, y se aprovecha el día para seguir la medicación principal.

En cuanto al síntoma dolor, no hay para qué decir que si es muy intenso, puede matar ó provocar alteraciones graves, y que antes que atender á la causa (no siempre fácil de descubrir) del dolor, es menester en ocasiones calmarlo á toda costa. El medio de que nos valemos es el empleo de las inyecciones subcutáneas de clorhidrato ú otra sal de morfina. Los alópatas dirán que es alopatía y los homeópatas que hayan estudiado superficialmente, también. Sin embargo, nada más falso que tal aseveración.

En los casos en que he empleado las inyecciones de morfina y alguna vez que yo he experimentado

en mi mismo esta droga, ya por la vía gástrica, ya por la hipodérmica, he podido observar que la morfina en muchas ocasiones provoca insomnio, sensación como de muerte inminente, y además sabido es que los morfinómanos, á la larga de sentir los efectos de la morfina, saben que produce dolores, que cada vez la droga provoca más fuertemente en el segundo período de su acción, y que cada vez dominan más difícilmente las nuevas dosis del medicamento.

Sabido es también que la morfina tiene dos acciones contrarias sobre los vasos, levantando y debilitando la tensión de la sangre y también á su tenor altera el ritmo respiratorio. Si de estas deducciones experimentales pasamos á las aplicaciones clínicas, veremos que en el insomnio, en el dolor y en los casos de alteraciones cardio-respiratorias, entre las que sobresalen las anginas de pecho, están indicadísimas las inyecciones de morfina desde el punto de vista homeopático.

Recuerdo perfectamente un caso en que los síntomas de *angina pectoris* fueron tan graves, que me obligaron á emplear con éxito para combatir el acceso, una inyección de morfina, y el médico alópata á quien en junta con otros colegas y conmigo, di cuenta de la inyección que había hecho, me increpó diciendo que aquello no era homeopatía, tal vez porque sospechaba que homeopatía sólo eran dosis infinitesimales. Sin embargo, otro colega alópata también, le hizo observar que si con arreglo al principio *similia*, la morfina me había parecido indicada, había hecho muy bien en emplearla, puesto que la dosis nada tenía que ver en el asunto. Tenía mi colega

harta razón, de modo que yo á mi vez protesté que no tenía que añadir ni una sílaba á lo dicho últimamente.

También dirían los homeópatas poco profundos, que el uso de los colirios no está dentro de nuestra comunión. Sin embargo, Hart, que es un distinguido oculista, emplea los colirios, y yo mismo los he empleado también.

En los casos de iritis plásticas, en las que la contracción pupilar y los exudados inflamatorios pueden producir adherencias ó sinequias posteriores é irremediables entre el iris y el cristalino, yo no vacilo, como hecho mecánico, en instilar frecuentemente un colirio de atropina que dilate la pupila impidiendo las adherencias y facilitando además la circulación ocular, con lo cual el proceso morboso camina rápidamente á la curación.

Diga lo que quiera la escuela oficial, la homeopatía va haciendo su camino, sus hospitales van en aumento, sus adeptos crecen en número, se multiplican sus libros y sus publicaciones periodísticas, en Norte-América van aumentando las Facultades de Medicina que expiden títulos al par de las Facultades alopáticas. La escuela panspermista, que contiene tremendos errores que el tiempo se encargará de rectificar, ha hecho estudios importantísimos y ciertos que dan la razón á la homeopatía.

Podrán pasar todavía muchos años de esta lucha sin tregua ni cuartel, en la cual los adeptos de Hahnemann somos anatematizados y proscriptos de las escuelas y cargos oficiales. No importa: la verdad siempre acaba por triunfar, y á la postre de tanta lucha esas Academias tan orgullosas y despre-

ciativas, esos claustros de Medicina tan hostiles y rehacios tendrán que darnos la razón y hacer como hicieron con Villemín. Primero se levantaron contra él, lo apostrofaron y trataron de ponerle en ridículo; cuando nuevos adeptos vinieron á engrosar sus filas, discutieron los hechos que presentara como adquiridos para la ciencia. Más tarde han tenido estas mismas Academias que concederle el honor de la prioridad y entonar el *confiteor*.

Es la eterna historia de siempre, es el progreso luchando contra el principio de la inercia. La homeopatía también vencerá, no lo dudemos ni un momento: para ello sólo se necesita el invencible material del tiempo y de la constancia.

Con esto daría por concluídos mis artículos sobre la Homeopatía, pero ciertas ideas que han tomado mucha boga entre el público y el pedido de algunas personas que me hacen el inmerecido honor de leerme, me obligan á escribir todavía algo acerca de la tan debatida cuestión de la vacuna, que será el objeto de los artículos siguientes.

LA INFLUENZA[1]

I[2]

La influenza, grippe, trancazo ó dengue, que con éstas y otras pintorescas palabras ha sido denominada, es una enfermedad epidémica, medio catarral y medio nerviosa, de carácter evidentemente infeccioso. Históricamente hablando, no es nueva la grippe más que en América, pues en Europa ha recorrido en otros tiempos la mayor parte de sus capitales y en el presente siglo casi todas.

Cuando la última, que hizo su excursión por Inglaterra, Francia, Italia, España, Portugal y otras naciones, fué posible la llegada á puertos americanos de buques procedentes de puertos infestados, hizo su entrada en el Nuevo Mundo y ha recorrido todas las repúblicas sud-americanas.

El que estas líneas escribe, cree en su naturaleza infecciosa y que algún microbio es la causa de su desarrollo: no de otro modo es posible explicar este

1. Interrumpo por unos días la publicación de mis artículos titulados *¿Qué es la Homeopatía?*, para dar lugar á estos escritos acerca de la epidemia reinante, y para cumplir así con la galante invitación del Director de *La Razón*, señor Daniel Muñoz.

2. Este artículo y los tres siguientes se han colocado al final para no alterar el orden de los anteriores, entre los cuales se publicaron los dos de la influenza.

fenómeno, que le da afinidad con otra enfermedad epidémica (el cólera), de producir con una rapidez á veces, diremos, fulminante, una profunda depresión de la energía nerviosa del atacado. Una simple catarral, por intensa que sea, jamás llega á producir esta depresión nerviosa.

No queremos entrar á hacer la descripción general de esta enfermedad, porque no haríamos sino repetir lo que en libros y folletos se ha escrito de mil maneras: vamos á relatar simplemente los caracteres con que se ha presentado la actual epidemia y á indicar los resultados que la práctica de la homeopatía arroja acerca del tratamiento de esta epidemia.

Hará como unos dos años apareció con carácter bastante benigno en esta capital, y después de una estadía de unos dos meses desapareció. En los últimos meses del año pasado de 1891 reapareció por otro intervalo de tiempo poco más ó menos igual, y finalmente hace cosa de un mes se presentó de nuevo y aun tenemos entre nosotros á este molesto huésped. Excusado es decir la excursión que en este tiempo ha hecho por las principales poblaciones de nuestra República y que otro tanto está haciendo en la República Argentina.

Conformes con Jaccoud, en que la estación, clima y temperatura reinante poco ó nada influyen en la presentación y formas de la grippe, sin embargo debemos hacer constar que, desde primeros de Junio pasado, comenzaron á observarse casos bien claros de la enfermedad, que reinaba un cielo despejado en general y temperatura fría, aunque más tarde la atmósfera se ha cargado, reinando temperatura relativamente elevada y terminando en vientos huracanados del cua-

drante S. O., con temperatura baja y cielo borrascoso y algo lluvioso.

Las enfermedades esporádicas que en todo influjo epidémico disminuyen, se han observado verdaderamente, pero en menor número que en otras épocas, no pudiendo menos de citar dos casos infecciosos, uno de difteria y otro de sarampión.

Todas las edades y sexos han dado su contingente de enfermos y el estado de embarazo no ha sido óbice á la enfermedad, por más que no he podido observar casos fatales.

Después de todos estos preliminares, voy á hacer la descripción de la forma común con que se ha presentado la enfermedad.

Los prodromos han sido muy variados, pues mientras en unos casos la enfermedad apareció con una brusquedad extraña, en otros iba precedida de malestar general, escalofríos, inapetencia y decaimiento general de fuerzas. La invasión más común ha sido por escalofríos, fiebre y cefalalgia, pero ha habido casos sin fiebre, otros sin escalofríos y algunos muy raros sin cefalalgia.

En general, después de los síntomas de invasión se ha visto la cefalalgia intensa y á veces intolerable, dolores reumatoides en todo el cuerpo y con variedad según los individuos, tos, anorexia, sed variable, postración de fuerzas y falta del sentido del gusto. En bastantes casos se ha acompañado la enfermedad de una coriza más ó menos intensa.

Después de 2 ó 3 días de estos síntomas, en general se ha observado una remisión casi completa de todos los síntomas durante uno, dos ó más días, que en algún caso ha terminado en la curación, pero que

en los más ha continuado la tos, recrudecido algún tanto la fiebre; y debemos hacer notar que en este momento la anorexia y la postración de fuerzas han sido más intensas y la complicación con pulmonía más frecuente. Entre los fenómenos críticos que han determinado la enfermedad, hemos visto como hecho casi constante, orinas fuertemente sedimentosas, hemorragias por la nariz y, menos frecuentemente, diarrea.

Pasemos á ver las diversas formas que hemos observado de la enfermedad.

De la forma gástrica hemos visto algunas en niños y adultos en que han dominado la escena los vómitos siempre biliosos, gastralgia, saburra intensa de la lengua, y en la que se acompañaban los dolores reumatoides, pero existían ó faltaban los respiratorios.

Más rara que esta forma ha sido la intestinal, en la que imperaban la enteralgia, las diarreas casi siempre acompañadas de hemorragia más ó menos copiosa, y existía el mismo acompañamiento de parte de los dolores reumatoides y de los síntomas respiratorios. En algunos casos de estas dos formas, he visto dolores del hígado.

La faringitis ha sido bastante frecuente como complicación, ya de la forma común, ya de la forma gástrica; pero hemos observado dos casos en los que tomó intensidad inusitada, ya que en uno de ellos constituyó todo el síndrome y en el otro una fuerte complicación que tomó cuerpo al final de la enfermedad [1].

La forma laríngea ha sido bastante frecuente sobre

1. Podría citar nombres para dar más autoridad á mis citas, pero como no me considero con autorización para romper el secreto profesional, ni ahora, n nunca pienso faltar á esta consigna.

todo en los niños, pero también la he observado en los adultos. En los primeros, aparte la fiebre y con ó sin otros síntomas, como dolores reumatoides y cefalalgia, se notaba tos de timbre crupal, especialmente nocturna, ronquera, y si al principio había sequedad, luego disminuía la ronquera y sobrevenía la expectoración sin espuición. En los adultos, la tos y la ronquera han sido la regla general, pero en algunos casos se ha llegado hasta la afonía y expectoración sangrienta. Un caso ha recaído sobre una embarazada, pero la expectoración era sencilla.

La forma bronquial, acompañada á veces de coriza, ha sido la forma más común después de la forma tipo. En estos casos la fiebre ha sido intensa, así como la tos; ha habido dolores en el esternón y en las espaldas, expectoración más ó menos abundante, con ó sin sangre, y gran postración de fuerzas acompañada de anorexia y falta de olfato y paladar. Esta forma ha sido una de las de más larga duración y que ha precisado más esfuerzos para restaurar las fuerzas.

La forma pulmonar, ó sea de complicación con pulmonía, ha sido rara al principio de la epidemia, pero después ha ido menudeando hasta hacerse relativamente frecuente. En algún caso raro ha constituído toda la enfermedad, sólo reconocible por los dolores reumatoides especiales.

No hemos de entretenernos en describir minuciosamente la pulmonía, pero sí diremos que ha sido de marcha esencialmente rápida, ya para la curación, ya para la terminación fatal, y aquí he de hacer una salvedad. Me refiero á lo que en casos no observados por mí he sabido y entre cuyos casos los ha habido de mala terminación. Los casos que he observado

han sido rápidos, pero han marchado invariablemente á la curación (hasta el día de la fecha, 8 de Julio). Sólo en un caso también rápido ha terminado por la muerte, y de éste hablaré más adelante, al detallar mi estadística.

Otras dos formas he podido aún observar, y son la cerebral y la nerviosa. La primera la he observado con relativa frecuencia y sólo en niños, consistiendo en convulsiones ó eclampsia, en pérdida de conocimiento, fiebre altísima, con ó sin complicación pulmonar, sobresaltos de tendones, cámaras y orinas involuntarias, etc. La segunda ha sido con fenómenos histéricos acompañando la forma común intensa. De los dos casos que he observado ya me ocuparé, pero especialmente de uno de ellos.

La fiebre de la grippe ha alcanzado todas las alturas: fuerte en la invasión en general, ha llegado á 39° y hasta ha pasado de 40°; ha sido la compañera de casi todas las formas, pero especialmente de las digestivas y respiratorias. En las nerviosas ha sido en general escasa la fiebre, al menos durante la predominancia de los síntomas nerviosos.

Otro punto notable en la epidemia actual ha sido el despertar en cada individuo aquellas lesiones ó desórdenes á que estaba predispuesto ó que yacían latentes en su organismo. Aquel individuo que tenía predisposición á las enfermedades de vientre, padeció la forma intestinal; el que habitualmente sufría de la cabeza, la forma encefálica ó cerebral; en las jóvenes histéricas, la forma nerviosa, etc. Por esto en el diagnóstico y pronóstico ha sido útil averiguar la historia patológica anterior del enfermo para ponerse en guardia contra ulteriores complicaciones. En los niños de

pecho que estaban pasando el período de la dentición, la forma cerebral convulsiva ha sido observada con cierta frecuencia.

El diagnóstico de la grippe no ha sido difícil desde el momento que á los síntomas propios de la enfermedad en general, se ha juntado la frecuencia de los casos que ha revelado la existencia de un influjo epidémico y desde que se ha observado que en cuanto se presentaba en un individuo de una familia, á pesar de las precauciones higiénicas de abrigo, el mal iba recorriendo como un reguero de pólvora, todos ó la mayoría de los individuos que componían la mencionada familia.

El pronóstico de la influenza ha sido variable como los individuos atacados. En los niños muy pequeños, de pocos meses, en los que atraviesan el período de la dentición, en los adultos afectos de una lesión cardíaca, una enfermedad pulmonar grave ó con fuerte predisposición; en los que sufren una enfermedad crónica grave y en los fuertemente neuróticos, el pronóstico ha debido ser forzosamente grave ó reservado, por la facilidad de complicarse ó de presentar lesiones importantes despertadas por la enfermedad. Fuera de estas circunstancias, la enfermedad ha sido de leve pronóstico.

Después de tratados estos asuntos, sería el momento de hablar acerca del tratamiento homeopático de la enfermedad y sus resultados, pero creemos que antes es conveniente decir algo acerca de la profilaxis de la enfermedad.

En realidad no existe otra profilaxis segura de la influenza más que el alejamiento del foco epidémico. Las precauciones de abrigo podrán retardar el esta-

llido de la enfermedad, pero pensamos como Jaccoud, que la temperatura y el abrigo poco han de poder contra un individuo sano ó simplemente algo delicado y predispuesto á las afecciones catarrales; creemos que si algo puede hacerlas refractarias á la enfermedad es la hidroterapia metódicamente practicada; por ejemplo, las afusiones con la esponja, la aplicación de la sábana fría por la mañana, ó simplemente el baño de inmersión matutino seguido de un masaje enérgico que provoque una fuerte reacción hacia la piel, que sirva de potente valla á las causas catarrales. Este método, seguido de una alimentación reparadora y un ejercicio regular, pueden servir de preservativo. Tratándose de individuos afectos de una lesión cardiopulmonar grave ú otra afección peligrosa, no vemos más recursos que el trasladarse pronto y rápidamente á un país cálido y exento de la enfermedad de que se trata. Todo lo que sea guardar al enfermo en un aire confinado fuera de los influjos atmosféricos, muy abrigado, en una atmósfera siempre igual, lo consideramos perfectamente inútil, pues hemos visto personas que, afectas de otra enfermedad y guardando cama, no han sufrido cambio alguno de temperatura.

En lo que toca á medicamentos que sirvan de preservativos, no tendríamos confianza en ninguno, pues los sudoríficos los creemos más bien peligrosos por la facilidad con que el enfriamiento del sudor puede ser el punto inicial de la enfermedad.

En el siguiente artículo me extenderé acerca del tratamiento homeopático que hemos seguido y seguimos en las distintas formas de la grippe, y expondremos los resultados prácticos obtenidos, terminando con la estadística de los enfermos que hemos podido observar.

II

Vamos á concluir nuestro bosquejo de la epidemia reinante haciendo una exposición del tratamiento homeopático, resultados y estadística obtenidos desde el 1.° de Junio hasta la fecha.

El tratamiento de la forma común de la grippe ha sido perfectamente basado en el cuadro sindrómico trazado en el artículo anterior. Nuestros dos primeros medicamentos, salvo indicaciones especiales, han sido *acónito* y *belladona* alternados, los cuales cubren perfectamente el cuadro febril precedido ó no de escalofríos y la cefalalgia intensa, que son el principio de la enfermedad. Cuando siendo la cefalalgia escasa, existían en cambio grandes dolores reumatoides, el medicamento que alternó con acónito fué el *eupatorium perfoliatum.* En pos de estos medicamentos, cuando acostumbraba á presentarse la tos, pasábamos al empleo sólo de *bryonia,* que en la mayoría de los casos bastaba á moderar y aun hacer desaparecer este síntoma. Cuando, como aconteció algunas veces, era el coriza el síntoma dominante, entonces se empleaba, según fuera el síndrome ó según el individuo, *nux vómica, mercurius sol.* ó *pulsatilla.* En la forma común este tratamiento, y á veces más simple aún, y sólo consistente en *acónito* y *bryonia,* ha bastado para restablecer en cuarenta y ocho horas ó tres días al paciente. Generalmente los cuidados higiénicos han bastado para concluir con la convalecencia. Es natural

que al enfermo se le hizo guardar cama, abrigo, agua azucarada por bebida y caldo ó leche por alimento en general.

Cuando en la convalecencia se hacía pertinaz la tos, se empleó el *rumex crispus,* y en los niños ó en las personas de edad la alternación de Prost-Lacuzón, *calcarea carbónica* y *sulphur.* En alguna ocasión también hemos alternado el *arsenicum* con el *mercurius sol.*

Sobre esta base ha girado el tratamiento de las demás formas. En la gástrica, si predominaban los vómitos y la tos, se empleaba la *ipecacuana* ó el *tártaro emético,* que dieron inmediatos y seguros resultados, y si había gastralgia, el *arsénico* ó el *connium maculatum,* que se han hecho en seguida dueños de este síntoma.

En la forma intestinal, según hubiera meteorismo y borborigmos, se empleó el *carbón vegetal;* si había diarrea, el *arsénico,* el *mercurio soluble* ó *colocyntis,* y en caso de flujo sanguinolento, el *mercurio corrosivo,* el *croton,* el *áloes,* etc., y si los síntomas hemorroidales lo exigían, el *aesculus, nux vomica* ó *pulsatilla* y aun el *sulphur.*

La laringitis de forma crupoide se ha combatido en los niños con el *acónito,* la *spongia* ó el *hepar sulphuris,* y en los adultos en los que llegó á la afonía, he tenido buen éxito con el *carbón vegetal,* la *nux vomica* y la *silicea,* volviendo la voz y haciéndose la expectoración fácil y sencilla.

Donde más ha tenido que trabajar la homeopatía ha sido en la forma bronquial, que ha sido y es en todo tiempo la más común después de la gripe clásica. No hablaremos de los fenómenos comunes, pues ya hemos indicado cómo se han tratado: sólo dire-

mos lo referente á los fenómenos bronquiales propiamente dichos. La tos en principio se ha tratado con *bryonia*, pero cuando era muy seca he empleado *ipecacuana* ó *tartarus emeticus*. Esto en el estado agudo ha sido lo fundamental del tratamiento. En ciertos individuos algo neuróticos, la tos toma una forma incesante que no deja dormir al enfermo y le obliga á sentarse en la cama. En estos casos *hyosciamus* ha prestado excelentes servicios. Algunos otros intercurrentes se han empleado, pero las indicaciones han dependido de circunstancias individuales.

Pero además de estos fenómenos puramente agudos en casi la mayor parte de los afectos de influenza, sea la que fuere la forma con que se presentase, se ha observado la tendencia á la tos de carácter crónico y accesional. En este caso hemos recurrido, como hemos dicho antes, al *rumex*, ó los tratamientos de alternaciones de Prost-Lacuzón, *betula alba* y á *sanguinaria*. Cuando la bronquitis aguda se acompañó de congestión pulmonar, expectoración estriada de sangre y fiebre, los medicamentos capitales han sido *bryonia* y *phosphorus*.

La pulmonía que hemos observado con alguna frecuencia ha sido casi siempre dominada con la alternación de *aconito* y *bryonia*, ó á lo sumo se le añadió el *phosphorus;* por lo general al tercer día estaba vencida la enfermedad, no quedando más que un catarro bronquial que era tratado según hemos dicho en el párrafo anterior. En ningún caso hemos tenido que recurrir á los revulsivos.

En la forma cerebral, han figurado particularmente la *belladona*, el *opium*, el *hyosciamus* y los baños generales calientes que han coadyuvado á la sedación del sistema nervioso.

Finalmente en la forma nerviosa he empleado el *moschus* y especialmente el *arsénico*, que ha dado excelentes resultados, como veremos luego. *China* también ha sido empleada en esta forma y en general para combatir la depresión de fuerzas, así como el decaimiento tan notable de todos los enfermos.

De entre la multitud de casos observados hay algunos notables, cuya descripción impersonal hace ver los alcances de la homeopatía en el tratamiento de la gripe.

Entre los enfermos de forma pulmonar ó de complicación pneumónica ha habido siete de gravedad notable, de los cuales uno solo falleció. Entre ellos uno era una señora que estaba embarazada y que contrajo una gravísima pneumonía doble como consecuencia ó complicación de la grippe. A los tres días del tratamiento clásico homeopático estaba completamente yugulada la pneumonía. Hoy la enferma continúa sin novedad y continuando su embarazo. Otros tres casos fueron pneumonías de regular intensidad, grande extensión en ambos pulmones, y recaían uno en un hombre y dos en mujeres. Invariablemente al tercer día había desaparecido la gravedad y pronto entraron en convalecencia franca. Otros dos casos recayeron en señoras de edad, una de ellas cercana á los ochenta años, y ofrecieron, una, una pneumonía doble y muy intensamente congestiva, con gran fiebre y abatimiento, y otra, la de más edad, una pneumonía nota con brotes sucesivos y alteración y apagamiento intelectual. Ambas quedaron curadas á los seis días de tratamiento.

Finalmente el séptimo enfermo fué el único caso fatal que registra mi estadística. Era un individuo

envejecido por los reveses de fortuna y un antiguo padecimiento pulmonar del lado derecho que le había reducido á un solo pulmón útil, el más pequeño, el izquierdo. Hacía diez años que estaba en estas condiciones cuando fué atacado de influenza y en cuatro días pasó de grippe á pneumonía destructiva, que terminó fatalmente.

Cinco enfermos he podido observar de forma cerebral, en los cuales hubo eclampsia, resolución intelectual, y en algunos complicación grave.

Los cinco eran niños. El primero era una criaturita de dos meses escasos de edad, en la que los accidentes bronquiales tomaron tal intensidad, que se congestionó la cabeza, sufriendo dos ataques violentísimos de eclampsia. Otros tres niños presentaron la eclampsia á causa de la dentición en el momento de estallar la fiebre inicial de la grippe, y finalmente otra enfermita de antecedentes hereditarios de predisposición cerebral y que había sufrido ya una fuerte congestión á la edad de un año, sufrió ahora, que tenía apenas dos años, una fuerte grippe que terminó en pulmonía del lado derecho, y finalmente una meningoencefalitis gravísima. A los diez días de tratamiento entraba en convalecencia.

Otro caso hubo de forma cerebral, pero fué ligera y no lo cuento entre estos casos graves.

Por último una enferma presentó una forma nerviosa notable bajo muchos conceptos. Se trataba de una señorita histero-epiléptica, cuyos frecuentes ataques se habían logrado refrenar por los esfuerzos de un homeópata aficionado, el cual también trató los síntomas febriles de la grippe. Sin embargo, de repente se presentaron las señales de un decaimiento nervioso enorme, falta

de inteligencia, risa sardónica, estupor, fiebre, lengua seca y un conjunto que aparentaba un proceso tífico de los más graves.

Tres días de tratamiento con *arsénico* 12.ª y *moschus* 3.ª bastaron para restablecer por completo á la enferma, al hacerme cargo de ella en el momento de mayor gravedad.

Aquí sigue ahora la estadística de los enfermos tratados homeopáticamente por mí desde el día 8 de Junio hasta el 8 de Julio:

Enfermos de forma común....	109
» » » gástrica ..	4
» » » intestinal .	2
» » » laríngea ..	6
» » » bronquial .	9
» » » pulmonar .	8
» » » cerebral ..	6
» » » nerviosa ..	3
Total de enfermos tratados....	147
Enfermos curados............	146
» muertos	1

Creemos que la presente estadística hablará en favor de la homeopatía más que muchos argumentos y que todas las argucias que pudieran escribirse. En punto á esto, los resultados de la homeopatía en la influenza pueden ponerse al lado de las brillantes estadísticas que en todas las epidemias de cólera ha alcanzado y que le valieron el renombre que obtuvo desde un principio; su vulgarización por todo el orbe y su grado de difusión que hoy día podemos contemplar en todas las naciones civilizadas.

VACUNA

I

Cuando concluí mi último artículo de la serie que escribí acerca de la homeopatía, prometí decir algo acerca de la vacuna, que aun cuando no del todo nuevo, es bastante conveniente.

Verdaderamente, anda por los corrillos familiares y en boca de muchos, la extraña versión de que los homeópatas somos enemigos jurados ú obligados de la vacuna, ó que decir vacuna y homeópata es como querer mezclar agua y aceite. Por tal motivo, más de cuatro amigos me han indicado y aun suplicado que hablase claro acerca del asunto, y por esto es que, aun á trueque de no agradar á todos, voy á decir francamente lo que me parezca sobre la vacuna.

Ante todo debo acusarme de haber vacunado á infinidad de criaturas y, lo que es más grave, debo acusarme también de que si Dios no dispone lo contrario, pienso hacer otro tanto con tantas ó más criaturas y personas mayores que soliciten mis conocimientos profesionales para vacunarlas.

Y dicho esto, paso adelante, porque sin ambages puede decirse que, si algo á pesar de su procedencia del campo alopático, entra de lleno y corresponde de

veras á la homeopatía, es la vacuna. En la vacuna antirábica de Pasteur y en lo que pretenden los bacteriólogos con la atenuación del bacillo tuberculoso y colerígeno, hay una verdadera isopatía, eso de que se ocuparon ya Hahnemann y uno de sus más ilustres discípulos; pero entre la vacuna y la viruela existe una verdadera semejanza ó similitud, y por lo tanto es realmente homeopática. Y no hay que dudarlo, que por éstos ó parecidos caminos, la Medicina tradicional se entrará sin quererlo por el carril de los semejantes y nos dará la razón á los tan abominados partidarios del agua clara.

Ahora lo que hay de cierto es, que acerca de la vacuna la inmensa mayoría de los homeópatas somos partidarios de ella: los Jousset, de París; Hughes, inglés; la mayoría de los homeópatas que conozco, y en Montevideo el doctor Rappaz y el doctor Valdés García vacunan cuanto se presenta. Entre los alópatas sucede lo mismo: de modo que sólo una exigua minoría, tanto en una como en otra escuela, son adversarios de la profilaxia de la viruela por la inoculación de la linfa del cowpox.

Sabemos que acerca de esta tan debatida cuestión se ha dicho mucho, pero también sabemos que no todos los argumentos que se han aducido pueden decirse que sean muy valederos. Se ha dicho que al vacunar se pueden trasmitir muchas enfermedades, y tal vez sea cierto que la tuberculosis, muchas enfermedades eruptivas y otras virulentas graves puedan multiplicarse por esta vía con gran facilidad; pero también es muy cierto que hoy no se vacuna de brazo á brazo ó sea con la linfa humanizada, sino que el cultivo de la vacuna se hace en reses vacunas

de cuyo perfecto estado de salud es fácil cerciorarse, y por cuyo medio es imposible que se trasmita enfermedad alguna. Hoy todos los médicos vacunistas somos partidarios de la vacuna animal, y en todas las capitales existen centros de cultivo de la linfa vacuna que puede surtir todas las necesidades de los pueblos.

Hase dicho que la vacuna es la causa de degeneración de la raza humana, cosa que me extraña mucho haya quien tenga el valor de sostenerlo; pues si existe degeneración en la raza humana, es mucho más antigua que la vacuna y data lo menos del tiempo del diluvio, si nos atenemos á los relatos que acerca de la susodicha degeneración nos hacen los más egregios escritores de todas las épocas. Si en lo físico se llama degeneración á haber disminuído la potencia muscular del hombre, aquí están todos los leviatanes modernos de la industria, la marina, los prodigios de la electroterapia, de la telefonía, la agricultura, la imprenta y yo no sé cuántas cosas más que indican cuánto se ha multiplicado la fuerza intelectual del hombre. Y al fin fuerza es, porque si antes el brazo humano solo y desnudo alcanzaba á levantar algunos kilogramos de peso, hoy las máquinas ideadas por la inteligencia del mismo son capaces de conmover el planeta de polo á polo y no cabe comparación entre una y otra fuerza.

A bien que es cosa por demás ridícula tener que echar mano de la vacuna para explicar la degeneración y las enfermedades y miserias del hombre, cuando nadie diría sino que el estudio de las enfermedades data del cuarto centenario del descubrimiento de América ó cuando menos de Jenner, y que es menes-

ter borrar de una plumada la historia de la Medicina desde Hipócrates acá. Bastante causa ha tenido la justicia y rigor con que la madre naturaleza trata á sus hijos, en los vicios é intemperancias de todos los siglos, para que á última hora vayamos á achacar todos estos males á la pobre vacuna. Pero es que sucede con esto como con muchas cosas, que al principio se ensalzan hasta los cuernos de la luna, para después, por un efecto de reacción á veces mal entendido, hundirla en las simas más profundas del olvido más injustificado. Y sería cosa de ver á la vacuna, perfectamente profiláctica á principios del siglo, volverse reaccionaria y respondona cuando se le caen al XIX los dientes de puro viejo.

También se dice que la vacuna es causa de ciertas enfermedades, entre otras de la difteria. No he de entretenerme en discutir tan errónea concepción, pues no sé en verdad qué puedan tener de común ni qué parentesco cabe entre una enfermedad tan benigna como la vacuna y una enfermedad tan maligna como la difteria. Una con manifestaciones cutáneas ligeras y poquísima alteración general, y otra con manifestaciones locales que pueden aparecer en cualquier punto del organismo y con alteraciones generales tan terribles ya durante el curso del mal, ya después de desaparecidos sus fenómenos objetivos. Por otra parte, los hechos, que son los únicos jueces en esta cuestión, desmienten completamente esta ascveración. Puede, en efecto, en un mismo individuo existir la difteria después de haber sido vacunado, pero también cabe que sufra la difteria antes de vacunarse. Yo conozco muchos individuos vacunados que no han sufrido la difteria, y el firmante de este escrito es uno de ellos,

así como conozco muchos que han sufrido la difteria y nunca fueron vacunados. No cito nombres, porque no es mi costumbre hacerlo, ni me creo con suficiente autoridad para llevar y traer apellidos por las columnas de los periódicos. Y vamos á lo realmente importante:

¿Es realmente profiláctica la vacuna con respecto á la viruela? Creo que únicamente los antivacunistas por puro espíritu de partido pueden negar la profilaxis de la viruela por la vacuna. Los hechos nunca pueden ser desmentidos, ni ser hoy falso lo que fué verdadero antes. En tiempo de Jenner, lo que acreditó empíricamente la vacuna fué la realidad del hecho de que los vacunados escapaban á la viruela, que en aquellos tiempos hacía epidemias espantosas. Desde entonces, ¿dónde podrán citarse epidemias de tal importancia? Es verdad que aparecen en las grandes y aun en las pequeñas poblaciones, focos más ó menos grandes de viruela, pero también es cierto que recaen en su inmensa mayoría en individuos no vacunados, y que la vacunación extingue rápidamente estos focos. Aun quedando como enfermedad esporádica ó endémica no hace hoy la viruela los estragos de otros tiempos y sólo se puede esto atribuir al influjo benéfico de la vacuna. Puede decirse que la viruela es la única enfermedad epidémica, virulenta y contagiosa á la cual se hayan podido poner vallas contra sus terribles excursiones.

Del terreno general descendiendo al terreno particular, puedo decir que de los casos que tengo anotados, la inmensa mayoría son de individuos no vacunados. En Barcelona, capital donde he ejercido catorce años y que cuenta una población de cerca de 500,000

habitantes, he visto repetidas ocasiones pasarse meses sin que la estadística acusase un solo caso de viruela. Venían los contingentes nuevos de soldados que ingresaban en los cuarteles y entre los que había muchos no vacunados; inmediatamente en el hospital militar se presentaban casos de viruela y la epidemia se generalizaba en toda la ciudad entre los no vacunados. La vacunación de los soldados y de los niños no vacunados, bastaba en pocos días á hacer desaparecer la epidemia. Este hecho se ha repetido infinidad de ocasiones, y Barcelona, con ser tan grande y tan densa, me ha ofrecido un número sumamente escaso de variolosos.

Que entre la vacuna y la viruela existe un verdadero antagonismo, es rigurosamente exacto, y por lo tanto, ni es cierto ni puede serlo que un individuo vacunado sea más susceptible de contraer la viruela. En todo caso, lo que ocurrirá es que un individuo contaminado ya por la viruela, aun cuando se vacune, no por esto dejará de sufrir la enfermedad, pues siendo antagónica la viruela y la vacuna, siempre prenderá y se desarrollará en el individuo el virus que primeramente ingresó en la economía.

Además de los medicamentos homeopáticos conocidos, como son el *acónito*, el *mercurio soluble*, el *tártaro emético*, la *thuja*, la *sarracenia*, etc., tenemos remedios isopáticos como el *variolín;* Schüsslerianos como el *kali cloratum*, el *ferrum phosphoricum*, *calcarea sulfúrica*, etc., y un medicamento homeopático, que es el *vaccininum*, ó sea la vacuna triturada y atenuada según la farmacopea homeopática. Este último medicamento empleado, ya á título de profiláctico, ya de agente de curación ó tratamiento, ha dado brillan-

tes resultados en manos de los homeópatas. ¿Se querrá una prueba más patente de la homeopaticidad de la vacuna en la viruela, de con cuánta justicia los homeópatas reivindican al par de la escuela alopática el uso de la vacuna, y cómo es un gravísimo error el ser enemigo declarado de la vacuna?

Pero no hay rosas sin espinas, y para nosotros, que no queremos ser tildados de parciales, es asunto de gran importancia el saber qué parte deficiente tiene la vacuna, no porque esto sea bastante á hacernos desistir de las ideas hasta aquí emitidas, sino para ver cómo puedan subsanarse estas deficiencias y cómo con más seguridad podrá vacunarse, ya obteniendo una vacuna eficaz, ya evitando todos los peligros que la introducción del virus en la economía podría traer consigo. Precisamente de esto es de lo que pienso tratar en el artículo siguiente, que probablemente será el último de los que llevo publicados.

II

Hemos visto y declarado terminantemente y sin ambages en el anterior artículo, que la vacuna es verdaderamente un preservativo, ó en términos técnicos, un profiláctico de la viruela. Pero como quiera que todas las cosas tienen su reverso, el reverso de esta cuestión son las dificultades que se encuentran para que la vacuna sea verdaderamente preservativa.

Treinta años atrás, cuando un individuo se vacunaba, no tenía necesidad de revacunarse, ni se consi-

deraba que pudiese ser necesaria la tal revacunación. Y lo que entonces era un hecho, hoy no lo es, pues la necesidad de las revacunaciones parece que se impone y que se impone cada vez más, lo cual es bastante grave. Cuando se empezó á hablar de revacunaciones, se creyó que bastaba efectuarlo una vez en la vida, á los 12 ó 15 años después de la primera vacunación. Pero con el tiempo se habló de 10 años: hoy no sólo se cree que se debe vacunar cada 8 años, sino que hay quien aconseja que se revacune tantas veces como reaparezca la epidemia variolosa.

Y ahora decimos nosotros: ¿cómo se compaginan estos extremos opuestos de ser antes (y no hay duda de ello) profiláctica una sola vacunación y hoy ser necesaria una vacunación sumamente frecuente? Una de dos: ó la vacuna y la viruela de hoy no son la vacuna y la viruela de ayer, ó la naturaleza humana ha cambiado. Yo no creo ni lo uno, ni lo otro.

Para mí en el cultivo de la vacuna ha habido mucha negligencia (que hoy va desapareciendo) y ésta ha sido la causa del cambio que se nota en los efectos de la vacuna. Sabido es que los virus son susceptibles de atenuarse, ya artificial, ya naturalmente siempre que al cultivarse se pongan en condiciones especiales de medio.

Ahora bien, á nosotros se nos ocurre preguntar si el cultivo de la linfa vacuna en terneras es susceptible de atenuar el virus, ó si el ser mantenida la linfa por más ó menos tiempo en tubos, placas, puntas, etc., puede haber ocasionado una atenuación capaz de disminuir las virtudes profilácticas de la vacuna. ¿Ó es que la viruela de hoy, propagada en la especie humana, recobra los bríos de otros tiempos por su adap-

tación á la nueva lucha que ha debido sostener contra la vacuna? No lo sabemos, pero todo podría ser. Sabemos que precisamente el medio más buscado hoy día para hacer profilácticos los virus consiste en atenuarlos previamente por el cultivo, ya sembrándolos en medios que la proporcionen poca nutrición, ya por desecación, ya por calefacción, ya por su paso por especies animales refractarias, lo cual equivale á sembrarlas en terreno desfavorable.

Y aun hoy día se hace más: hoy se recogen por filtración las diastasas ó las ptomainas de los microbios después de atenuados para obtener el medio más profiláctico, más seguro y más inofensivo.

¿Y no cabe que con la vacuna se haya hecho algo parecido, aunque involuntariamente? No lo sabemos, pero señalamos esta posibilidad á las personas técnicas y competentes para que hagan en consecuencia lo que les parezca más oportuno, tratando de evitar esta atenuación.

Es indudable que, además de lo expuesto, conviene que la res en que se cultive la vacuna (pues ya hemos manifestado en el artículo anterior que somos partidarios de la vacuna animal exclusivamente) sea completamente sana, pues al inocular la linfa podrían trasmitirse enfermedades contagiosas, algunas muy graves y que de todos modos, graves ó leves, no conviene trasmitir. Entre ellas podríamos citar: el carbunclo, la tuberculosis bovina (probablemente variedad no más de la tuberculosis humana y de la aviaria), etc. El modo de obviar estas dificultades consiste en elegir una res todo lo posible sana según el examen perital que deberá practicarse al elegirla.

Pero mucho más seguro que esto es, una vez reco-

gida en tubos ó en placas ó púas, etc., la linfa, y antes de darla al consumo, sacrificar la res y autopsiarla. De este modo se evita toda posibilidad de contagio. Así pueden verse las vísceras, examinarlas, si conviene, al microscopio y ver si la res es irreprochablemente sana, y sólo en este último caso entregar la vacuna al consumo.

De este modo puede practicarse la vacunación sin temor ni escrúpulo alguno, y las familias que pudiendo emplear este medio profiláctico no lo usen son responsables de las consecuencias que ello puede traer á sus individuos. El instituto en que se cultiva la vacuna en Montevideo tiene toda esta escrupulosidad en la procedencia de la vacuna y de las reses, las autopsia todas y aprovecha cuanto cowpox espontáneo se la presenta para vigorizar sus cultivos, con lo cual logra que la vacuna de que hoy disponemos sea de inmejorable calidad y con la abundancia necesaria.

Vuelvo á repetir lo que dije en el artículo anterior: digan lo que quieran los alópatas y algunos homeópatas, la vacuna entra de lleno en el sentido homeopático ó hahnemanniano, y por tanto corresponde á nuestra escuela el defender la vacuna como profilaxis de la viruela.

Creo que con lo dicho en éste y en mis anteriores artículos, habrá suficiente para el objeto que me he propuesto. Es natural que al rededor de los asuntos apenas desflorados que he tratado en dichos escritos, giran un sinnúmero de cuestiones todas ellas importantes, pero no podemos abusar de los lectores y de la prensa, que han tenido, unos la deferencia de leernos, y la otra la de admitir nuestros escritos en sus columnas.

Doy, pues, mil y mil gracias al benevolente público montevideano que ha leído mis artículos, y que haciéndose eco de ellos ha ensanchado la propaganda de la terapéutica de Hahnemann, y á la ilustrada redacción de *La Razón*, que puso á mi disposición sus columnas, dando una gran muestra de su amplitud y tolerancia de ideas.

Con este breve artículo doy por terminada esta primera serie de asuntos homeopáticos. Si el tiempo no me falta, es probable que no sea ésta la última que escriba, siendo tantas las cuestiones médico-sociales de capital importancia que sería bueno desarrollar para la ilustración higiénica del público en general.
